

FAUNA
2025

TEXTO
NARRATIVO
BREVE



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES

ÍNDICE

P3 *Achura* Francisco Bovio

P11 *Angélica* Guido Sanz

P17 *Ansia* Virginia Barcelona

P23 *Caruso* Lucila Chiovoloni

P31 *El hacha y el pedrusco* Enzo Julián Balarini

P36 *El prestamista* Luz Saltalamacchia

P43 *El zopilote* Cecilia Rodríguez

P47 *La inmunda* Lucía Chicos

P53 *Lugar* Adrian Nakasone

P56 *Obsolescencia garantizada* Paula Lerchundi

P64 *Piel de tortuga* Felipe Saenz

P73 *Tornasolado* Lucas Valentín Fulg

P78 *Traslado* Diego Vannuchi

FAUNA 2025

TEXTO
NARRATIVO
BREVE



Achura

Francisco Bovio



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES

Achura

Francisco Bovio

Se seca las lágrimas con la chaqueta y le da un trago. De estar tanto tiempo enquistado a la parrilla lo que toma parece más té que cerveza; su cuerpo un río picado. Sacó el servicio adelante una vez más, ahora el sorbo, la celebración de Carlos, jefe de parrilleros en “La vizcacha”, a cargo de cocinar vacas, cerdos, gallinas, corderos, cualquier bicho que camine, y que los pedazos arrancados salgan tiernos y a la vez con cierta frescura, como faenados ese mismo día; luego pasan a las manos del sector Fríos, donde se sirve su magia rodeada de la guarnición aclarada en la comanda. Este trabajo lo hace por doce horas, siempre.



(Imagen: Pinterest)

La noche sopla despacio por la puerta de atrás, la que dejaron abierta los bacheros para sacar la basura y fumar unas secas, pero en el día, a través de ese portal con el mundo de los comensales, no se escuchan más que gritos, reproches, gargantas tragando,

conversaciones, marcha y sales, voy atrás y ¡Comanda!

Viene él, su padre gastronómico. Tiene la sonrisa pícaro, esa que delata que va a explotar de agradecimiento. Segunda celebración cuando Hugo, dueño de la parrilla, también hecho un río picado, viene con una cerveza recién destapada a compartir la fiesta del despacho bien servido.

Afuera se arrastra el río, tenso como hilo agarrado de las dos puntas, una línea flaca que corta el pasto del cielo. Ellos no hablan, no hace falta, se sientan arriba de unas cajas y huelen la noche en silencio. Hugo se pone melancólico apenas termina el primer vaso:

– ¿Te acordás cuando recién arrancabas? En la bacha con esos ojitos escondidos entre la gorra. Un nene. Ahora mirate, ni un plato devolvieron hoy.

– Jefe, todo se lo debo a usted.

– Tuve la suerte de que lo ames como yo, qué parrillero, la tensión no es nada si estás con el fierro entre las manos. Me saliste bueno, eh.

– Eso me lo enseñó usted unas pascuas: se enfermó ese parrillero que lo dejaba tirado por andar borracho, ¿se acuerda? Y agarró la pala, el fierrito y todo el fin de semana dele que dele, sacando las vacas que le trajeran. Parecía matadero de los de antes. Sangre, sangre.

– Basta que me hacés llorar y todavía tengo que contar la recaudación. Hay que amar esto. Es toda una vida. Vos lo sabés. Che, ¿los mozos te pasaron lo que corresponde?

– Y, ahí, jefe. Sabe que no me gusta hablar mal de nadie.

– Hijos de puta. Se llevan los aplausos y además la propina. Ya vuelvo.

Hugo le da una palmada bruta en el brazo a Carlos, quien cree que puede evitarlo pero falla, una vez más reprime lo que le gustaría hacer, le da otra palmada en el omóplato, la mano firme a pesar del cansancio para comprobar su rigor de hombre. No puede negarlo: siente el contacto de su maestro y se sacude como si recibiera una patada de heladera. Por suerte el otro se va rápido y él puede quedarse acompañado de estas ideas sin concretar ninguna. Está prohibido, así lo resolvieron.

Se levanta para cortar el pedazo de vacío que fue cocinando especialmente para su jefe en la última hora y media. Entra y lo escucha a los gritos con Sergio, el encargado de salón, por lo poco que deja su equipo a la cocina. Lo escucha eufórico, casi se le resbala el fierro por su grito: "...ustedes se llevan los aplausos, y ellos nada, soretes, dejá lo que corresponde". Por la puerta que hace de portal con el río entra un viento que parece como si buscara amainar la garganta de Hugo; se calma cuando el encargado le da más plata y pide perdón. Carlos da vuelta el pedazo, lo sala y sirve en una tablita de madera con el nombre de la parrilla tallado. Lava dos tenedores, rascando bien las puntas para sacar cualquier resto de grasa o suciedad –sabe que a esa hora los bacheros ya ni se esmeran– y lleva todo afuera, aunque antes le ruge un "veníí" a Hugo para que coma con él así conversan tranquilos. Hugo vuelve sacado, aunque cuando ve a Carlos con la tabla en la mano y una sonrisa de invitación a sentarse, se le pasa.

El parrillero hace que lo coma de la punta del tenedor, que tira mucho humo por el viento helado que emana el río. Hugo se pone de pie para probarlo. De sus ojos salen lágrimas, hace como si estuviera llorando o llora; no entiende si por el sabor de la carne, por la mirada expectante de Carlos, o por lo caliente del pedazo. No es la primera vez, esto ya pasó.

Un momento de tensión en el despacho que los dejó a ambos incómodos todo un fin de semana: empezó con unos gritos normales dentro de la cocina, pero efervesció a tal punto que ambos se fueron al despacho de Hugo para decirse un par de cosas, visiblemente enojados. Cuando salieron, se abrazaron como exprimiéndose delante de todos y volvieron a la parrilla a seguir sacando pedazos deliciosos para los comensales; la paz parecía haber vuelto. De ahí las visitas del parrillero al despacho de Hugo se hicieron cosa de casi todos los domingos.

Ahora es como si el buen servicio y el fin de la jornada avivaran otras brasas, las que calientan carne sin quemarla. Carlos y Hugo, en la tensión nocturna, perciben que están solos. La prohibición entre ellos se pactó esa vez en el despacho, esa tarde de verano insoportable de humedad en que Carlos no aguantó más y lo besó: se incrustó con su boca negra dentro de los bigotes enrulados y mojados del jefe, que respondió al beso con un empujón violento pero que enseguida volvió a la carga por más, como si hubiera quedado con hambre. Se apretaron fuerte manchándose con grasa, transpiración y algo de sangre que le había quedado al parrillero por trozar pata-muslo y pechuga. Se juraron que nada de eso podía pasar por fuera de esas cuatro paredes llenas de afiches de minas en bolas, banderines de clubes de fútbol e imágenes de vacas en el campo.

Hugo parece cada día poder resistirse menos, lo acaricia cuando pasa, se emociona cuando lo ve poniendo los carbones encima de la madera y lo abraza cada vez que encuentra una excusa: parece una gata en celo encima de un cactus. Carlos es tosco para tocar y nunca terminó de entender qué energía extraña lo empujó a hacer lo que hizo pero no se arrepiente, lo sintió tan natural como manejar los puntos de la carne. Cada vez que ve a Hugo se acuerda de todo lo que hizo por él, le dio una oportunidad cuando nadie más lo había

hecho, lo ascendió, le dio voz y voto, responsabilidades, y él a cambio le entregó su vida, su energía, su amor. Ambos eternamente agradecidos con el otro.

- Lo de hoy fue intenso, eh. Casi se nos va la mesa esa de ocho.
- Tiene algo acá.
- ¿Dónde?
- En la pera. Acérquese que se lo saco.
- Qué tensión me da en el momento del despacho. A veces creo que no me va a aguantar más.
- Maestro... si usted puede con todo. Se me hace agua en su presencia, no por el laburo que sabemos es mucho, sino por la tensión de tenerle al lado. Esos gritos que pega, de sapucaí. Acuérdesese que el corazón tarda mucho en cocinarse, el fuego demora más en llegar al centro. Mientras haya amor, se puede.
- Con vos eso no es problema, se puede lo que sea. Háblame de hombre a hombre, sin usted, sin tanta vuelta.
- ¿Qué quiere que le diga, maestro?
- Ese beso. No me lo sacó de la boca ni aunque coma lengua ni seso ni nada. ¿Qué me hiciste?
- No sé, jefe, es que estoy tan agradecido con usted.
- Dejá de joder, a mí no me mientas más, Sandoval. Quiero la verdad.
- Me pasan cosas, jefe, cuando lo veo, pero no puedo explicarlas bien, nunca supe eso del decir cosas de amor.
- Yo también, es cosa de maricones eso, ¿no? nosotros somos hombres.
- Sí, jefe, amantes del buen asado y el vino, para mí ese beso fue como decirle: gracias. Me sentí mejor cuando lo hice.
- Pero ahora no me lo saco del cuero. A mí es como si me hubiese entrado una bomba tropical en la boca, como este vacío que preparaste, solo quiero más y más, sin parar.

– Le cocino con amor, porque... lo quiero. Usted es mi padre, mi maestro, mi amigo.

– ¿A tus amigos los besás?

– Sabe que nunca tuve. Imposible con todo el tiempo que ando acá. No es lo que quise decirle, no sé cómo explicarlo pero cuando lo veo entrar a la mañana me tiembla el pecho, me cambia el bombear del corazón de un segundo a otro. Sangre, sangre.

– A mí me pasa lo mismo, me tiemblan las piernas cuando pruebo tus asados, cuando te veo transpirado entre los fierros, dios, eso es lo que quiero expresarlo.

No hay más tiempo para charlas, el parrillero se arroja en sus brazos y llora, como si solo pudiera hacer eso. Hugo lo aleja y se miran a los ojos, las luces de la cocina se reflejan en las pupilas de él y Carlos ya no atina a decir más nada: lo besa, al principio suave, pero como vacas yendo al matadero, cada vez a paso más firme. Hugo se los devuelve, aunque cada tanto frena por el llanto. Se meten la lengua mientras se agarran de la nuca, como si estuviesen por caerse. El viento los envuelve, se besan cada vez con más hambre del otro se van sacando los delantales y ya enseguida desgarran la ropa llena de grasa y olor a humo, y se tiran al piso. La tablita sirve para apoyarle la cabeza a Hugo, que se acuesta para recibir el pedazo de Carlos. El parrillero es tosco, pero no por eso menos maniobrable. Es rápido con el fierro: se le pone dura a los segundos de besarse con su mentor, una pija negra, venosa, como una morcilla que lo señala a Hugo y pulsa, parece vibrar. Hugo se la pone en la boca, se atraganta un poco. Carlos le muestra cómo, unos movimientos pendulares que lo hacen rebalsar de placer. El jefe hace un silbido que el parrillero conoce del momento del perro cuando se pone nervioso y se agita. Carlos le acaricia la nuca y es suave, pero a veces la calentura lo pone violento y hace ahogarlo un par de veces contra su morcilla estacada. Hugo silba como gorrión en la jaula, parece querer más, recuesta la cabeza en la tablita y se

saca los pantalones, se da vuelta y lo mira a Carlos, desafiante. El parrillero se escupe la mano y acaricia el ano de su jefe, que lo mira con miedo y pasión, hasta asco. Le pregunta con los ojos si va y Hugo asiente, lo mete y el jefe vibra desde los pies hasta los rulos, se miran: el dueño tan lleno de su parrillero, tan abrazadas sus tripas al pedazo de carne, la pone y da vuelta como la tira de asado, ambos gimen y sus exhalaciones se mezclan con el ruido del viento y entre los tres cantan, acompañados por el ruido perpetuo del río y la pija que entra y sale, cada vez un poco más. No van a aguantar mucho más, Hugo le avisa: “todo adentro”. Carlos lo escucha y susurra con su voz que parece caerse “ahí va”; ambos acaban al mismo tiempo, mojan el pasto de sus fluidos marrones, blancos, se lo pasan por el cuerpo, y así se abrazan tapados con los delantales y observan las estrellas. El viento acaricia los cuerpos y les limpia las gotas de transpiración, ahora son uno entre los cajones de madera; de testigos la tablita, la noche y el viento, que por momentos genera olas.

FAUNA 2025

TEXTO
NARRATIVO
BREVE



Angélica

Guido Marco Sanz



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES

Angélica

Guido Sanz

Yo no coagulo; ya no coagulo —qué diferencia hace una letra en una frase como una pastilla— por efecto de la medicación que me mantiene con vida. Es una palabra extraña —aunque yo sea nueva en la lingüística—, intento separarla en unidades menores —morfemas— sin mayor éxito: co en cooperativa es consenso coacción cofradía —descubro un placer inédito cuando las palabras me salen redondas— pero agular no sé qué sea y dudo que pueda realizarse conjuntamente.



Además no soy yo sino mi sangre la que no coagula por efecto de las pastillas que se disuelven en ella. Somos víctimas ambas de mi sistema inmunológico: una guerra química se desata en mi cuerpo y yo respondo acordemente con bombas anticoagulantes y freno la marcha implacable de mis glóbulos blancos contra mis glóbulos rojos —la historia nacional sucede intempestiva dentro mío—. Ya no coagulo y ocupa mis días —es esta mi obsesión— entender en qué consiste esa carencia. Busco en el diccionario algún sinónimo y

encuentro cuajar pero cuajar cuaja la leche y a mí me corre sangre que no es blanca lechosa es roja como la tierra de Misiones que se pega a mis zapatillas como si también ellas fueran misioneras. Vine a ver las cataratas porque nunca había venido. Necesito aferrarme a las afirmaciones que todavía me quedan: me llamo Angélica y estoy viva. Las pastillas se disuelven en mi sangre y propagan sus efectos a zonas inesperadas: las pastillas anticoagulantes impiden el crecimiento de trombos pero paralizan mi espíritu —mi nombre— tan o incluso más sanguíneo que mis arterias. Me volví más miedosa. Ya no me siento cómoda en la oscuridad. Me llamo Angélica. Soy hija de mi padre y de mi madre. Estoy viva.

Tuve que venir en avión. Me fueron vedados los viajes extensos —los que duren más de nueve horas— por el riesgo que supone estar quieta demasiado tiempo. A la circulación de la sangre tengo que acompañarla con circulación propia del cuerpo. No me puedo estancar como el agua —entretengo la idea de que soy agua pero la abandono rápidamente—. Tengo que permanecer en movimiento como el torrente de las cataratas que no se detiene ante la incredulidad de los sombreros que circulan como si también ellos fueran torrenciales. Todo sigue su curso —qué gratuitas se prestan las palabras— mientras veo y escucho y me salpica en la cara esa misma agua que cae sobre las rocas como si pudiera partirlas —ojalá alguna explotara—. Un guía le anuncia la retirada a su grupo. Las pasarelas tienen capacidad limitada —me pregunto si la perífrasis es redundante— por lo que limitan también el tiempo carteles y guías a quince minutos por persona o grupo —a fines prácticos no se diferencia entre individuo y muchos—. Ya pasó una hora desde que llegué. Pienso en quedarme unos minutos más hasta que la epifanía acaece —cae— sobre mí con la violencia del agua y emprendo yo también la retirada junto con el grupo que se está yendo. Una señora de sombrero beige y pelos rubios me pregunta si me gustaron las cataratas. Yo le quiero contar que me

llamo Angélica pero eso no fue lo que me preguntó. Le sonrío y apuro el paso.

No me dejaron venir en micro. Es preciso ese plural: profesionales médicos —mi hematóloga—; amigos que se preocupan y extraños que me compadecen —otra vez ese co elusivo: si padecen conmigo también deberían medicarse—. No soporto que se apiaden de mí: me llamo Angélica. Soy hija de mi madre y madre de mi hijo. No es que tuviera un interés particular por viajar en micro, sólo me exaspera no poder hacerlo. Soy como un gato que abre las puertas nada más que para verlas abiertas y las pastillas son cerraduras demasiado complejas para mis garras; rompecabezas sin solución aparente —aunque deben tenerla: es cuestión de buscar—. Las pastillas anticoagulantes disuelven el trombo en mi cuello pero sus alcances en la lengua no han sido estudiados por la medicina ni detallados en el prospecto —no se ha gestado la semiótica que se encargue de tales asuntos—. Sin embargo el efecto es evidente: cada lengua tiene su partícula negativa y el cuerpo no es la excepción. Las pastillas se disuelven y transmutan en palabra en sintaxis en oración —todas las cosas siguen en definitiva el mismo recorrido—. No viajes en micro; no te estanques; no te cortes; no te golpees; no sufras un accidente; no te caigas; dejanos acomodarte en este cofre no te asustes si parece un cajón; no hagas demasiado ejercicio; no te extenúes; descansá en este cofre no te asustes si las llamas te consumen nada más quieren tus cenizas; no le digas a tu hermana que la odiás; no comas brócoli; no fumes; no tomes alcohol únicamente en las fiestas y hoy es tu velorio. El camino de las pasarelas es sinuoso y me confunde. Llego al mismo lugar del que me fui. Me gustaría gritar pero noto que las cigarras ya lo hacen por mí.

Lo primero que hago cuando llego al hotel es pedirle a la recepcionista un cuchillo que corte bien. Necesito partir las pastillas

algunas a la mitad y otras en cuartos. Dos cuartos equivalen a un medio me explica la hematóloga que habla con la cabeza un poco gacha como si sus lecciones en aritmética fueran preciadas o secretas. Soy licenciada en ciencias de la computación le digo y ella ríe aunque yo no haya intentado ser graciosa y deseara que mis palabras de alguna forma la hicieran explotar delante mío —desconozco el arte de la magia—. Las pastillas tienen un surco —desconozco también el vocabulario farmacéutico— una cruz que las divide en cuatro partes iguales. Nada más hay que seguir esas líneas. Ya soy bastante habilidosa en el asunto —noto la mirada atenta de la recepcionista sobre mis manos—. Qué medicación toma pregunta y le recito de manera automática el diagnóstico. Me doy cuenta de que todo es más sencillo si se siguen unas pocas líneas. La forma ideal de la materia es la de mis pastillas y todas las cosas siguen este orden como si también lo fueran. Incluso a las cataratas puedo partirlas: es cuestión de encontrar las líneas y afilar bien los cuchillos. Le agradezco a la recepcionista y me voy con los medios y los cuartos dentro de una caja de mentas —olvidé mi pastillero en Buenos Aires— sabor canela —aunque en realidad se trate de un aroma pero de esas inconsistencias está hecho el lenguaje supongo—. Por fin encuentro el camino hacia la Garganta del Diablo —las implicaciones metafóricas de este nombre me dan dolor de cabeza— y en los chorros de agua arcoíris —esto es, varios arcoíris— se cruzan entre sí o forman círculos. Me gustaría cortarlos pero le devolví el cuchillo a la recepcionista.

Llueve en Iguazú. Llueve cuando pasa el guía en una traffic por el hotel para buscarnos a mí y al resto —de mis compañeros de excursión hablo nada más con una señora blanca que lleva un sombrero gigante quizás por ser tan blanca—. Llueve sobre el camino de ripio mientras el guía nos informa sobre los datos pertinentes de la zona. Extiende un mapa de las cataratas pero yo prefiero ver la lluvia. El agua que se escurre por la tierra se tiñe del

mismo color. Por qué piensan que es colorada la tierra pregunta el guía y aunque hable en plural tengo la certeza de que me está hablando a mí. Es por el hierro. El óxido de hierro es rojo y le da su color a esta tierra a las montañas en Jujuy y a nuestra sangre. El guía hace una mueca que no termino de descifrar —quizás le fastidie que haya explicado yo el asunto de la tierra— y la señora sentada al lado mío —lleva un sombrero gigante— me pregunta si estudié medicina. Quiero decirle que mi nombre es Angélica pero después tendría que escuchar el suyo. Soy licenciada en ciencias de la computación. Me felicita y agrega que ella es bruta porque sólo se dedicó a cuidar a sus hijos —a quienes no considera brutos espero—. Nada más agregó que no parece una persona bruta y devuelvo mi atención hacia la lluvia pero descubro que ha dejado de llover. El río de agua roja se detiene y sobre el camino pequeños charcos de hierro se forman como trombos. Quiero chapotear en ellos pero las ventanas de la traffic no se abren y tampoco logro desabrocharme el cinturón. Tierra y sangre hermanadas por gracia del hierro no me dejo engañar por quienes dicen que somos agua: me llamo Angélica y mi sangre no es agua barrosa es la sangre de mis padres que también es la de mi hijo. La visión de los charcos se torna insoportable: es mi sangre la que ahí se pudre. Quisiera zambullirme en ella pero el cinturón me estanca implacable en mi asiento. De un momento a otro me falta el aire: busco con mis manos el cuchillo pero recuerdo que se lo devolví a la recepcionista; limpio el sudor de mi frente pero no es transpiración sino el agua de las cataratas; me siento agobiada y me concentro en los arcoíris que se forman en el torrente de mi sangre; quiero tomarme una pastilla pero se resbala entre mis garras de gato y cae por debajo de la cama de mi habitación. Estoy cansada. El avión me agotó y el camino de las pasarelas es largo y confuso. Voy a dormir un poco antes de que lleguemos a las cataratas; antes de que me pase a buscar la traffic; sobre la baranda de las pasarelas frente a la Garganta del Diablo. Ojalá sueñe con mamá. .

FAUNA 2025

TEXTO
NARRATIVO
BREVE



Ansia

Virginia Barcelona



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES

Ansia

Virginia Barcelona

Las margaritas doradas y plateadas quemaron todo el jardín. Su penetrante perfume a uva nos inundó, el penetrante perfume a uva, a higo, a miel de las margaritas quemó toda la casa.

Las margaritas abarcaron todo el jardín..., Marosa di Giorgio



Íbamos todos los veranos a la quinta, los siete primos varones y yo. La abuela nos esperaba con bizcochos duros y por la tarde nos sentaba en el patio bajo la parra con las cabezas embebidas en vinagre, el pelo encerrado en bolsas de nylon. Mientras esperábamos el tiempo de la asfixia de los piojos, mirábamos el patio, medio baldío, medio jardín, con la parcela del fondo bien delimitada: un cuadrilátero perfecto de margaritas enormes, pétalos blancos y centro amarillo y también naranjas con corola muy roja. Las flores brillaban y nosotros nos aguantábamos las ganas de ir hacia ellas, salir corriendo, mientras los bichos se retorcían en las cabezas y el sol quemaba sobre la tierra. Nos quedábamos quietos

como pedía la abuela, el Cambá con nosotros, inmóvil bajo el alero; todos absortos ante la visión del patio y las margaritas incandescentes.

A la noche, la abuela nos contaba el relato de los hombres del lugar. El de la época en que el abuelo tenía el almacén en aquel cuadrilátero del fondo, el mostrador de mármol blanco y los paisanos acodados con su grapa. Las partidas de truco o de tabas, las disputas de peones que venían de alambrar y borrachos de caerse se agarraban a cuchillo por mujeres y por plata. Se colgaban de los árboles por pena, por apuestas o traición. El abuelo trataba de arbitrar. “Un día la ligó por creerse juez o mandamás”, dijo la abuela. Nosotros queríamos saber más, pero ella se encogía y no contaba el final. Y era apenas cuando se iba, porque ya era tan tarde y nos apagaba la luz del cuarto desde el pasillo, que sentíamos con claridad los susurros que venían desde afuera.

Escuchábamos las raíces crujiendo bajo tierra y el calor de las margaritas que aumentaba con las fases de la luna. Bajo las frazadas pesadísimas nos asfixiábamos, el pelo brillante con olor a vinagre sobre las sábanas rígidas de almidón y veíamos los cuerpos balancearse en el aire de la noche. La higuera retorcida bajo el peso; otros pelos que chorreaban de los álamos. Aquel olor. Venía la madrugada y no sabíamos bien si estábamos dormidos o aterrados, aunque a veces nos tentábamos y las voces desde afuera se reían con nosotros. Escuchábamos quejidos o ratones o cuises o comadrejas. Sentíamos el desvelo de la abuela y la hora en que encendía la cocina para un mate. Parecía que arrastraba las chancletas pegoteadas del recuerdo del abuelo: el difunto que de prepo descansaba con las flores. Y a pesar de que la abuela repetía, “sin piojos, a correr por el campo y sacar yuyos del patio; nunca comer los higos tan calientes, jamás acercarse el jardín de margaritas”, nosotros no

podimos con el ansia.

Fue una mañana del último verano, los siete y yo madrugamos como nunca. La abuela aún dormía, el calor desde el fondo era agobiante. El perfume a higo traspasaba las paredes y venía más allá de la higuera. Salimos gateando hacia el patio, arañando los pijamas contra el suelo. El cuadrilátero de flores era perfecto, entonces, tiramos de los tallos que estaban casi hirviendo y un sollozo, un llantito, empezó a salir desde abajo de la tierra. Cambá se acercó enloquecido, ladrando empezó a frotarse contra nosotros. Los roces se volvieron golpes, embestidas. Con su mandíbula llena de baba me mordió el cuello del camisón en la nuca y tironeó de la tela y de mi pelo largo y brillante arrastrándome fuera del cuadrilátero de flores. Y así, con cada uno de los primos, nos alejó de aquel sopor radiante. Los chicos protestaban a los gritos y el Cambá redoblaba sus ladridos. El escándalo terminó por despertar a la abuela que apareció furiosa en el fondo, envuelta con la colcha de su cama.

– ¡Qué me hacen renegar, borregos del diablo!

Por tres noches no hubo cuentos ni de ahorcados ni de abuelo; tampoco hubo bizcochos por las tardes. El perro, agotado, dormía sólo de día y hacía guardias en el fondo a partir de medianoche. La abuela comenzó a arrugar la frente por cualquier cosa y repetía al aire aquello de no acercarnos, que si la tierra se abría enojaría a los muertos. Que había un gualicho viejo y que había que hacerle caso. Cuando tocó la tarde de despioje, sentimos sus dedos temblar en nuestras cabezas, los huesos puntiagudos dejaron surcos de vinagre entre los pelos. Cada tanto, se hacía una pausa rara: la abuela estallaba un piojo entre las uñas y se limpiaba la gotita de sangre en un pañuelo. Cuando entraba a la casa, alguno se deslizaba en cámara lenta hasta la higuera y robaba los frutos que hervían al sol. Eran como las margaritas: irresistibles. Entonces, nos metimos a

escondidas los higos en la boca para sentir la pulpa deshacerse y correr por dentro como una lava. Una lava hirviendo. Al fondo, el cuadrilátero, brillante, enorme, se volvía borroso.

Nosotros imaginábamos el almacén con paredes rojas y a la peonada, meta disputa, meta cuchillo; el pobre abuelo quedando tieso. Del interior nos llegaba el ajeteo de la abuela que hablaba sola sobre los piojos y la sangre, refunfuñaba sobre la culpa o sobre los hombres: que el finadito tal, que los peones brutos, que el abuelito vivía borracho y ella era muy joven, que tanta cosa hubo que aguantar hasta aquel día en que lo acalló, sin vuelta atrás, y ya fue otra.

El sábado cuando entramos a la cocina, un resplandor nos llamó la atención desde abajo de la mesa. Un montoncito de huesos: dos fémures, una costilla, un cráneo rajado al medio. La abuela tomaba mate como si nada, con el Cambá lleno de tierra acurrucado entre sus pies. El perro tenía la trompa negra, carbonizada, y olía a quemado. Los siete y yo nos miramos. Me atreví a preguntar, los labios pastosos con olor a boca:

– Abu, ¿y eso?

– ¡Ay, mi hijita! Cosa de perro, ¡qué va! Eso de andar hurgando entre las plantas y para nada... ¡Pero mire usted, quién lo pregunta!

—remató.

Arturo, el más chico y el más osado de los varones, se agachó y estiró un brazo, pero la abuela lo paró en seco:

– Vaya por mate cocido, Arturito, que no conviene andar revolviendo lo que está quieto—. Y guardó los huesos con cuidado en una caja.

Cayó la tarde y luego las sombras cubrieron como un mantel el alero hasta el patio. Esa noche tampoco hubo cuentos. Desde las camas, casi asfixiados, inquietos bajo las cuevas que hacíamos con las mantas, creímos reconocer el zumbido. El olor penetrante nos llamó. Los pies descalzos se separaron del suelo, salimos de las camas, del cuarto; flotando recorrimos el pasillo, no se filtraba ruido ni luz por debajo de la puerta de la abuela; la cocina estaba en calma. El Cambá dormía bajo la mesa y apenas frunció el hocico cuando pasamos. Atravesamos el patio, el medio jardín y las malezas. Se hizo el claro de tierra y pedregullo; llegamos al cuadrilátero de margaritas amarillas. Nos lanzamos hacia las flores. Agarramos los tallos, otra vez, ahora más gruesos, más hinchados; tiramos y enterramos las uñas en la tierra mientras los pétalos enormes y calientes se fueron desprendiendo uno a uno, nos rozaron las cabezas bajo el brillo de la luna. Tiré fuerte de un manojito de esos tallos ya sin flor como si fueran juncos sin centro o sin cabeza, y algo duro se envolvía bajo tierra. Entonces, escuchamos los quejidos. Arturito con las manos embarradas sacó una astilla blanca, de la sorpresa se me colgó del pelo, me destrozó la trenza, todos sudamos. Grité y seguí escarbando; la tierra quemaba como una brasa. Con los otros primos desenterramos las raíces que eran cada vez más fuertes y retorcidas y salían enroscadas entre huesos. Huesos viejos, destartalados; un rizoma calavera repleto de fémures y cráneos. Y de pronto, un chisperío; el barro y los tallos, las margaritas, comenzaron a prenderse en llamaradas.

Salimos corriendo. Vimos, a lo lejos, arder el fuego desde las flores a la casa. No hubo tiempo de nada. El caserón fue una corola de reina, un copete de llamas enormes que desprendía un olor nauseabundo a vinagre, a higo muerto, a la piel chamuscada de la abuela.

FAUNA 2025

TEXTO
NARRATIVO
BREVE



Caruso

Lucila Chiovoloni



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES

Caruso

Lucila Chiovoloni

El estado físico de Caruso era admirable. A sus sesenta y ocho años tenía el cuerpo de alguien diez años menor, aún vigente en todas sus facultades, y experimentaba una infatigable rutina que, sin sacrificios, le permitía sentirse saludable en toda su amplitud. De esto algo sabía, tras haber dejado de fumar hacía ya más de dos décadas, a fuerza de extrema voluntad y rectitud en la decisión. Por ese entonces conocía lo que era estar siempre y aturdido y cuando al fin pudo pasar los primeros meses sin cigarrillo supo lo que era tener un cuerpo que acompañe. El cambio vino con un resplandor extraño en su cara que, junto con el aumento de su papada, le daba una apariencia de niño que él ya conocía pero no recordaba. Desde ese entonces corría regularmente y complementaba su actividad yendo a una pileta barrial donde lidiaba con desgano con la vida de club, que lo obligaba a interactuar más de lo que deseaba, pero que le servía para pasar el rato en el agua durante el año. La época en que dejó el cigarrillo coincidió con la compra del departamento en la costa para veranear. Desde ese momento pasaban invariablemente todos los eneros en el sur de Villa Gesell. A veces viajaban después de Navidad y pasaban Año Nuevo, primero con los dos hijos y poco a poco incorporando a sus parejas y a las familias. Cuando eran muchos alquilaban departamentos en los alrededores y se reunían cómodos durante el día en la playa. Cada cual tenía entonces su propia y valiosa intimidad en la maraña de citas familiares y acuerdos sobre sobre cenas compartidas.



(Imagen: Lucila María Chiovoloni)

El departamento era cálido y pequeño, su construcción demostraba que no lo habían hecho para vivir, pero sin embargo había algo de hogar en su simpleza. Tenía dos habitaciones, una pequeña con dos cuchetas, y la matrimonial, un poco más grande, con un gran ventanal que daba al este trayendo el viento salitroso que penetraba las cortinas blancas caladas para confirmar la cercanía del agua. Los cubiertos eran de una calidad dudosa y los platos de melamina. No valía la pena gastar tanto en vajilla que se pudiera romper fácilmente. Lo metálico se herrumbra, por eso Irma dejaba al final de la temporada, en la última visita del verano todos los hierros tapados, las manijas y los portalámparas. Las paredes tenían un revoque salpicado, lo que era el infierno mismo cada vez que debía pintarse porque el rodillo no entraba en los huecos. Al principio se encargaba Caruso de mantener el buen estado general, pero después de varios años, contrataban a un muchacho fijo que empleaban también los demás matrimonios. Como estaba dentro de un complejo de varias unidades conocían a los demás propietarios y no tardaron en armar una comunidad de parejas veraneantes. Todos ellos se manejaban más o menos de la misma manera; después de

sus días de enero, alquilaban febrero y marzo. Los hijos iban tejiendo sus propios vínculos, y a través de los años hubo amores, amistades y desencuentros. Al final quedaba una breve cordialidad y un silencio cómplice ocultado a los mayores sobre las aventuras del pasado.

Caruso se había jubilado muy bien como bancario hacía no mucho, y no había pasado ninguna necesidad desde hacía más de cuarenta años. Irma, jubilada también, había trabajado casi por gusto en la dirección de una escuela privada, lo que sobraba para una vida cómoda y común, la crianza de dos hijos ya mayores y la compra del departamento.

Su matrimonio había sido feliz hasta hacía diez meses, cuando a finales de febrero, luego de pasar un período de enfermedad muy breve, Irma se murió en el hospital donde habían tenido a sus dos hijos y donde nacieron casi todos los sobrinos.

Todos los amigos de Gesell fueron al funeral, excepto Elena y el Ruso que llegaron justo para el entierro. No se veían en Buenos Aires. Las veces que lo intentaron fueron un fracaso y desistieron a los pocos intentos. Faltaba una rueda del cotidiano al verse por fuera del circuito veraniego que no podían sortear, y, si bien nadie lo hizo explícito, era obvio que los demás, como Irma y Caruso acordaron no repetir los encuentros que siempre terminaban temprano, con un dejo de aburrimiento. En cambio, casi mágicamente en las vacaciones durante enero, alargaban las charlas hasta lo imposible y más de una vez terminaban en la playa viendo el amanecer como un grupo de adolescentes. Los matrimonios estables eran cuatro y aunque con variaciones de hijos, yernos, nueras y consuegros, eran la estructura fija. Así durante más de veinte años.

Ese enero fue especial porque era el primero sin Irma. Caruso, que era un poco tosco, temía que lo miraran con lástima los demás, por

eso evito el fin de año con los amigos de Gesell y viajó recién pasados los primeros días del mes. Así fue como la mañana del seis de enero llegó cargando la sombrilla y la reposera al lugar de siempre. A pesar de su temor, nadie lo trató distinto, ni le dio el pésame. Hubo sólo dos momentos en que las amigas recordaron a Irma alegres y con cariño. Durante un momento breve todo el grupo miró la arena en silencio y después inmediatamente se reanudó la charla como siempre. El medio círculo que formaban mirando el mar era fuerte como una herradura. Aunque se estaban volviendo viejos, eran respetados y conocidos por todos. Al mediodía dos de los matrimonios volvieron a sus casas para almorzar y el tercero decidió ir al restorán de la playa vecina. Todos invitaron a Caruso, quien rechazó una a una las propuestas amablemente y argumentó que él podía quedarse, así no tenían que desarmar campamento. Aprovecho para charlar con el bañero del primer turno sobre los cambios del viento y vio llegar a Ezequiel, el del segundo turno. Lo miró mientras acomodaba la silla alta, desde donde vigilaba todo, y clavar un poco más a la izquierda el salvavidas, su propia sombrilla y la silla baja. Eso hacía todos los mediodías en el cambio de turno. Caruso estaba de acuerdo con ese movimiento, él también creía que la mitad justa entre los bañeros de las playas vecinas era esa y no la que mantenía el guardavidas de la mañana. El gesto de Ezequiel era para Caruso motivo de cofradía secreta, porque de alguna manera representaba lo que él creía que era un trabajo bien hecho. Ezequiel lo saludó con más afecto que de costumbre, pero igual de distante. Le preguntó cómo se sentía, le dijo que se había enterado lo que pasó y que lo sentía mucho. Nada más. Caruso agradeció que nadie quisiera hablar más de la cuenta y se limitaran a darse por enterados. De cualquier manera, él pasó la enfermedad de Irma preparándose para lo peor y ahora que todo se había dado, no sentía más que alivio.

Quedaba toda la tarde en la playa el amado espacio privado del grupo, el semicírculo de sombrillas que amparaba las siete reposeras de los tres matrimonios y de Caruso. Ese mediodía, cuando todos se fueron, se dio cuenta que olvidó una ensalada que preparó unas horas antes. Desde que llegó, todo el tiempo olvidaba algo distinto. Caruso miró al frente: el mar casi vacío, el sol de mitad de día rompiendo las olas en destellos furiosos y la masa de agua yendo y viniendo como si fuera más dura de lo que es un océano. Se quedó un momento así, con las manos juntas y entrelazadas. No era tristeza, era aburrimiento, cansancio tal vez. Hasta que de pronto sin mediar pensamientos, se levantó y caminó hacia la orilla. En el camino intercambió un gesto con Ezequiel como un saludo y al llegar sintió la densidad del agua. Se adentró de a poco como quien finge dormir para llamar al sueño. Caminó despacio y cuando el agua le llegó a las axilas comenzó a nadar, primero para refrescarse y después más técnicamente, nadando en serio. De a poco llegó la esperada sensación de sentirse un animal del agua y moverse como si fuera su medio natural. Caruso sabía que su técnica era impecable, pero además, sentía el agua correr por debajo suyo como si colaborara a que se desplace. Se le ocurrió un objetivo, llegar a una banco de arena que había divisado por la mañana, viendo a dos chicos, que alejados de la orilla, se paraban con el agua por los tobillos. Ese banco es nuevo, pensó. Una vez que llegó se repuso un momento sobre sus piernas y sintió la arena limpia bajo sus pies. Miró hacia la orilla y creyó ver a Ezequiel atento hacia él. Al voltearse estaba de nuevo el mar con su inmensidad negra y salada. Camino un poco más hacia adentro como empezando de nuevo y se largó al nado otra vez.

Después de un instante sintió el silbato, primero un llamado corto y después una insistencia feroz, supo entonces que lo llamaban. Una vez adentro hay pocas formas de comunicarse, pero él hubiera

querido avisar que estaba bien, que la situación estaba controlada y que volvería una vez se hubiera cansado.

Miro de refilón hacia atrás, vio el revuelo. Quizá estaba el Ruso también entre la gente, quizá ya habían vuelto de almorzar. Vio la soga de rescate preparada, creyó ver a Ezequiel zambullirse y a los bañeros vecinos correr. Caruso no quería volver. No iba a matarse, lo que en realidad quería era nadar sin que nadie le dijera hasta dónde. De pronto se le ocurrió pensar, cuál sería el punto en el mar desde el cual no se viera la orilla. No buscaba una boya, buscaba quedarse un momento solo, en el medio de la masa flotante, sin ver a nadie y sin que nadie lo viera, así que siguió avanzando. Atrás se oían los silbatos, los gritos, su nombre. De un momento a otro ya no oyó nada. Su cuerpo avanzaba firme, todavía estaba en condiciones y sintió alegría, ahora los silbatazos sonaban adelante. Qué extraño pensó. Por un momento creyó que se había desorientado y estaba volviendo a su vieja orilla, pero el muelle seguía a su izquierda como siempre. De pronto ante él se abrió una visión: otro muelle idéntico se reflejaba hacia adelante. Trató de sentir el agua un momento y no, no estaba muerto. Delante de él se dibujaba la orilla de nuevo. Otra vez Ezequiel moviendo los brazos y el Ruso que definitivamente había vuelto de almorzar. A medida que se acercaba, distinguía todo. Veía entonces con claridad las sogas de rescate, los otros bañeros, la casilla del guardavidas con su invariable bandera roja, su pequeño semicírculo, como un anfiteatro antiguo mirando hacia el mar, mirándolo a su vez a él. No hizo falta que lo rescataran, volvió sin ayuda, un poco agotado ya. Una vez fuera, todos lo miraron con una mezcla de enojo y preocupación. Se tomó un momento para mirar de nuevo el agua. El muelle estaba a su derecha y la masa negra alborotada era igual que siempre, un poco más blanda quizá.

El Ruso lo acompañó sin hablar hasta las sombrillas. Caruso se sintió fresco. No le dio culpa que estuvieran enojados con él. Se sentó y abrió la heladerita para sacar la botella de agua. Todo era igual a la otra playa pero había algo que le producía una extrañeza magnífica. Algo sobre el muelle invertido, algo sobre su propia piel de un bronceado de más días de los que había estado en el sur de Gesell este verano. Caruso levantó la cabeza para mirar una vez más, una entre miles en su vida, el mar. Se sintió como si estuviera en el borde de la hilera y sonrió como entendiendo, cuando contó ocho reposeras.

FAUNA

2025

TEXTO
NARRATIVO
BREVE



El hacha y el pedrusco

Julián Ballarini

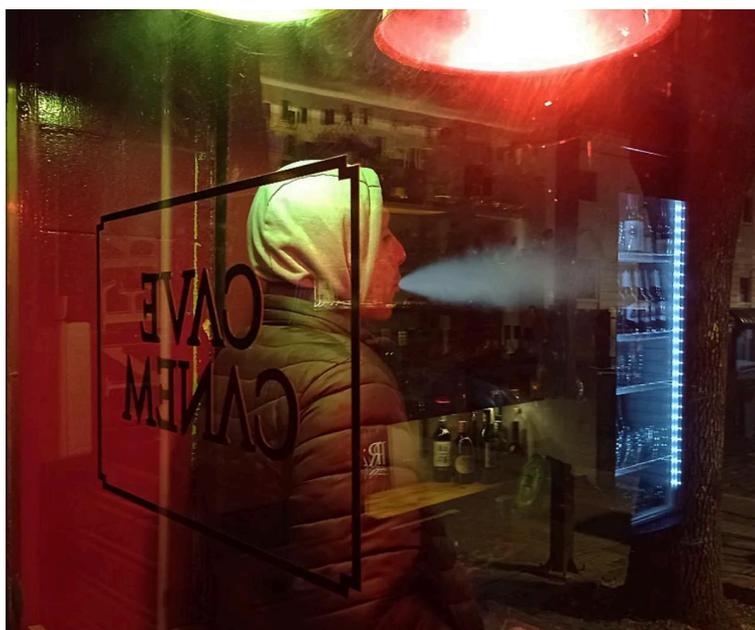


UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES

El hacha y el pedrusco

Enzo Julián Balarini

Eran otros tiempos, un hacha no podía andar con una piedra por las calles, menos con un pedrusco como ese. Nadie se los impedía, claro, pero les hacían notarlos. A ver, eran raros. Un hacha de un solo filo, de hoja ancha como oreja de elefante, un noble contrapeso que doblegaba cualquier desequilibrio y el mango de lozana madera de árboles que llegaban a lo alto del cielo. Y su compañero, el Pedrusco: grande, lo suficiente para estorbar siempre; bordes filosos, en punta, ángulos exagerados desarmoniosos; carecía totalmente de brillo.



La historia arranca así: entran un hacha y un pedrusco a un bar. Las Canillas chorrean espuma en la barra:

- ¿Qué van a querer? —les preguntan.
- Dos latas —dice el Hacha con agudeza—. Una negra y una rubia.

Todos tomaban cerveza de las Canillas en ese bar. Eran las gemelas más fetichizadas del pueblo. Sus curvas, y las bocas incontinentes espumosas. Así que de entrada se habían ganado las malas miradas de los Rastrillos sentados en la barra y esa mesa cercana donde había un yunque, dos tijeras puntiagudas, unas pinzas y dos lingotes de hierro puro, todos se rieron por lo bajo, esforzándose poco por disimularlo.

Pero eso ni siquiera era todo, ¿se imaginan cuando se pusieron a tomarlas? Porque más vale que no podían, como haría cualquiera, tomar cada uno su lata y sentarse a charlar. Si hay que concederles algo es que se fueron afuera, donde no molestaban a nadie, pero es que ese par era tan raro que aunque estuvieran afuera, fastidiaban, como mosquitas de fruta. Lo hacían así: el Hacha ponía una lata sobre el Pedrusco y la partía al medio de una sola embestida. Los ojos más atentos podrían ver la lata abrirse al filo como manteca templada y la cerveza adentro como un Nilo de pis cristiano, conservando la forma de la lata, con un tajo de aire en el medio, por apenas un mínimo instante.

Entonces el Hacha alzaba el filo chorreante y espumoso, y el Pedrusco cubierto absorbía esa humedad con el placer de la tierra seca. El Pedrusco permanecía intacto al filo del Hacha, pero no era de hierro, no sabían de qué era Pedrusco. Y no era cierto que permaneciera intacto, en el fondo Pedrusco se sentía bastante quebrado, aunque no hubiera marcas en la superficie.

El Hacha se relamía el filo y exclamaba ese Ahh de quien toma cerveza, entonces colocaba la otra lata y ¡zas!

Para cuando se iban, el Hacha había tomado tanto que tenía que apoyarse en Pedrusco.

– Ay, Pedrito... —le decía—. Qué rica es la cerveza y qué fresca está la noche.

Sucedía como un desliz. El Hacha se resbalaba y caía arrastrándose contra Pedrusco y ¡la chispa! Sucedió y se sorprendían como cada vez. Se apuraban al monte, lejos de todos, y el Hacha volvía arrastrar su filo contra Pedrusco. Sssshhhht, sshhhht, sssshhhht. Los chispazos iluminaban el pueblo entero, como si una monstruosa luciérnaga dormitara sobre ellos. Pedrusco se alegraba tanto, era en esos breves instantes de contacto con el Hacha que Pedrusco podía ser una piedra con brillo. Filo renovado, el Hacha se arrojaba salvaje contra los troncos. Pam, pam, pam, caían unos tras otros.

Pedrusco no podía evitar sentirse dejado de lado y subía lento el monte. Tenía una quebradura en su interior, lo sentía, y pensaba que todo ese exterior feo que la gente odiaba de él, era una cáscara que se le caería para revelar un diamante en bruto o un corazón esmeralda o una constelación de lapislázuli. Llegaba hasta la cima del monte y miraba la luna. Brillaba, hermosa.

– ¿Por qué no soy vos? —le decía.

Pedrusco no lo veía, pero sus depresiones estaban rellenas de restos de hierro, que en la noche brillaban con la luz de luna. Se había dicho a sí mismo que si el Hacha lo abandonaba, se tiraría al fondo de un río y jamás saldría. Pam, pam, pam, caían los troncos.

El Hacha sentía la savia empapándole el filo, las cortezas quebrándose bajo su peso como chocolate en rama. El Hacha jamás abandonaría a Pedrusco. Primero porque jamás podría mantenerse afilado sin él, ni cortar la cantidad de árboles que le gustaba cortar cada noche. Segundo, porque él era apenas un lingote impuro con

carbón cuando soñó que un hacha caía del cielo y lo partía al medio. Se quedaba clavada ahí, cinco veces más grande de lo que él era, y él la acariciaba. Su mamá era una vieja y curvada Hoz, el lingotito llorando fue a contarle a su mamá y ella le dijo:

– Alegrate mi lingotito, un hacha es lo más digno que el hierro pueda ser, más que una espada, un hacha trabaja y defiende, que te parta el corazón anuncia para vos un poderoso compañero, y lo amarás —le había dicho su madre.

En eso pensaba el Hacha cuando pam, pam, pam, cayeron los últimos troncos y en el monte pelado se giró tres veces buscando a Pedrusco y no lo podía hallar.

– ¡Pedrito! —gritaba— ¡¿Pedrito dónde estás?!

Así como lo soñó había sucedido. El lingotito paseaba bajo el sol rogando que el calor lo fundiera en algo hermoso cuando un pedazo de cielo, una estrella guardiana le dijo su madre, cayó sobre él calcinándolo. Cuando despertó, el lingotito se había vuelto un hacha y frente a él estaba Pedrusco, en el centro de un enorme cráter humeante, cuando despertó, no entendía nada, de dónde venía ni a dónde iba, y era de esperarse, tras semejante golpe. Nunca se volvieron a separar.

– ¡Pedrito! —gritaba el Hacha.

Y lo encontraba lagrimeando en la cima del monte. El Hacha lo veía brillar, pero no le dijo nada, primero porque no tenía idea de que eso le preocupaba a Pedrusco y segundo porque ver todo el hierro que estaba perdiendo le preocupaba a él. Se sentía más delgado, ¿quizá estaba empezando a desbalancearse? ¿Cuánto podría sostener ese estilo de vida?

FAUNA 2025

TEXTO
NARRATIVO
BREVE



El prestamista

Luz Saltalamacchia



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES

El prestamista

Luz Saltalamacchia

Para entrenar a mi dragón, tuve que, en primer lugar, comprarme un terreno con un patio más grande. Pedí un préstamo a treinta años al Banco Provincia y construí una casita en un terreno baldío de Córdoba. Después, con ayuda de Martín, pusimos ladrillo por ladrillo hasta formar algo parecido a una choza. No llegaba ni la luz ni el gas ni el agua corriente.

Los primeros seis meses tuvieron un clima hermoso, con el cielo despejado (perfecto para el bicho) y sin una tormenta. La montaña conservaba su verde, aunque hubiera llegado el otoño y, al no tener vecinos, podíamos volar la cantidad de kilómetros que fueran necesarios.



Casi me olvidaba: el bicho tenía nombre. Julián. Era bien rojizo, con escamas que parecían estar delineadas en carbón ardiente. Martín lo vio y me dijo “un ejemplar único, ya casi no hay así, jefe”.

Como los de la Asociación nos daban un plazo máximo de cuatro años, teníamos el apuro de que empezara a correr rápido con las garras y aprendiera a aterrizar sin raspar las alas contra el piso. Julián era bruto. Bruto bruto. No podía volar sin salir disparado como una bala; no podía correr sin arrancar la hierba y partir el piso en dos. Jugaba con los perros y, cuando le sacábamos el bozal, tomaba agua del río durante horas junto a los caballos.

A los seis meses ya tenía más altura que la choza y se revolcaba como un perro contra el pasto. Entonces Martín me señaló una mancha negra en la lengua y me miró, esperando una respuesta. No supe qué decirle.

– ¿Es lo que me imagino?

– Sí.

– ¿Y, entonces?

– Va a salir bueno igual.

– A la Asociación no les gusta...

– Que me chupen la pija.

Cuestión: Martín tenía razón. Para entrar en competición, los dragones tienen que ser perfectos, de pe a pa, sin manchas de otros colores, sin problemas cardiovasculares o pulmonares (algo difícil, ya que el 80% tenían alguna de las dos) y un sinfín de características que Julián cumplía todas... menos la puta mancha en la lengua.

– ¿Y ahora?

Quedaban dos opciones: carreras de vuelo alto y bajo, o al matadero. El matadero era la última opción; incluso hablábamos de cuidarlo nosotros si se cortaba el subsidio. Pero no se podía. Es decir, no se puede mantener un dragón sin el subsidio de la

Asociación, y la Asociación solo subsidia cuatro años. Después teníamos que mantenerlo con su trabajo. Y ahí era inevitable el camino hacia el matadero.

– El vuelo alto es simple. El vuelo bajo es el problema. —Martín, que había empezado siendo el albañil que me acompañaba los fines de semana a revocar las paredes, ahora se había mudado a cuatrocientos metros de mi choza, se había construido la propia y venía todos los días a cepillar y alimentar a Julián. Se había leído todo lo que había que leer sobre dragones—. El tema de Julián es que va muy rápido y despelotado. Hay que ir adiestrándolo para que sea más lento y controlado, que las alas no toquen el piso.

– Ta difícil. —Tomé un trago y él me siguió.

– Pero escuchame: vos le señalizás y yo lo monto. De a dos es más fácil. Creeme.

Intentamos eso exactamente. Lo monté yo y después Martín; señalizamos con barras automáticas que se pegaban en el piso y emitían luces de diferentes colores según la estructura del suelo. Llamamos a la Asociación. Nos peleamos con la Asociación. No querían darnos consejos. Nos decían “de última, véndalo”. Al matadero, querían decir. Pero Martín se enfurecía y se ponía rojo como Julián. Los puteaba.

– Son hijos de puta. Tratan al animal como si fuera cualquier cosa —me dijo, medio borracho.

– Es difícil. Imagínate, solo hay 500 dragones en el mundo. Se piensan que son, no sé, peores que los chanchos.

– ¿Vos cómo conseguiste al tuyo?

– ¿Yo? Lo encontré tirado.

– ¿Eh?

– Sí. Le debía plata al prestamista, al otro, al Burro, así que me vine a Córdoba y dormí unas noches en lo de mi tía. Cada tanto salíamos

y me aparecía esta piedra grande, sucia, como un carbón viejo sin usar de la parrilla. Y una tarde, a las puteadas con mis viejos, vi cómo el carbón se rompía y aparecía esta cosa. —Señaló a Julián, que miraba a través de la ventana, esperando a que salieran a jugar—. Le dije al prestamista que si me daba cuatro años, hacía plata con el dragón y le daba el 20% de lo que ganara en las competiciones. Me dijo que no. Ahí llamé al Tano, que me dio la guita.

Martín me miró, esperando que me riera y dijera “es joda, boludo”.

Se acercaba el cuarto año y Julián había aprendido a volar bien bajo, casi raspando el piso. Verlo era un orgullo más grande que tener un hijo futbolista de primera división. Con Martín compartíamos unas birras después de la tarde de entrenamiento y pasábamos la noche en pedo arriba del lomo de Julián. El bicho quería lamernos, quería llenarnos de saliva, pero el bozal se lo impedía.

Cuando estuvo a punto de cumplir los cuatro años, llevamos a Julián a su primera competencia. Martín y yo estábamos segurísimos de que íbamos a ganar. Era la primera y, aparte, la más fácil: entre dragones de talla corta y peor color (mestizos de tres o más gamas).

Íbamos por el tercer round, a punto de alcanzar la meta, cuando Julián olió una parrilla (creo yo, según Martín un árbitro comprado quiso distraerlo) y se desvió. Con Martín nos agarrábamos la cabeza al mismo tiempo, sin mirarnos. El primer ganador resultó un mestizo de cuernos largos, cuyo dueño era un senador.

A la semana, se terminó el subsidio. Martín no se recomponía del fracaso y no quería venir a ver a Julián. El bicho, sin saber por qué estábamos tan fríos y distantes de repente, nos miraba con ojos brillosos y se acurrucaba contra la choza.

Buscamos por la página web de la Asociación el precio de la comida de dragón. Imposible. Tenía que vender la casa de la abuela y a Martín para costearla.

Una tarde, mientras discutíamos con la Asociación por un alargamiento del subsidio, el hombre detrás de la línea sonrió (lo sabíamos, porque escuchamos ese chik que hace la boca cuando se estiran las comisuras) y respondió: “Véndalo, señor. No son animales, son monstruos. Se va a sacar un problema de encima”.

Martín iba a putear y yo terminé la llamada rápido. Nos quedamos un rato en silencio, sin mirarnos. La choza estaba sucia. Hace meses que vivíamos de arroz. El dragón tenía el ojo arrimado a la ventana y nos veía, también en silencio. Esperaba a que alguno saliera a jugar (entonces movía la cola como un cachorro feliz y sacudía las alas con ansiedad).

– No queda otra —dijo Martín.

A la noche, él lloró borracho sobre el lomo de Julián. El bicho intentaba chuparlo con la lengua y no podía.

Semanas después, le mentí a Julián con que el dragón se había escapado. Había colocado mal las cadenas, el refuerzo se rompió y el bozal estaba flojo por falta de mantenimiento. Imposible localizarlo, le dije. La mayoría no sobrevive ni quince días afuera, por la falta de comida y la contaminación del aire. Aparte tenía problemas cardiovasculares, lo cual era cierto y había descubierto a último momento, de casualidad, cuando me llegó el informe del veterinario de la Asociación. Martín salió como loco a buscarlo por todo Córdoba, y puso carteles en cada árbol, como si semejante

bicho no fuera a llamar la atención rápido. Yo le dije que parara. Después de un par de años, por fin lo aceptó.

A la Asociación le dije que lo habíamos mandado al matadero y el hombre, el mismo de siempre, me respondió “bien, señor”.

Yo, mientras tanto, observaba. La choza fría de Martín tenía algunas maderas podridas, y le comentaba sobre la necesidad de cambiarlas. Me había llegado una carta del Banco por falta de pago, la noticia de que habían embargado la casa de mi abuela y trescientas mil puteadas de mi viejo a través de audios de WhatsApp. Me había quedado sin familia a la que acudir, excepto Martín, que había cambiado un baño de su choza para transformarlo en una habitación para mí y salía a trabajar todos los días para darme de comer. No le molestaba mi presencia. Al contrario: me había adoptado como a un perro. Una tarde que él no estaba, fui al río de casualidad por el movimiento inesperado de caballos corriendo hacia la sierra. Y me encontré con cientos, miles de piedras gigantes y sucias como carbones.

FAUNA 2025

TEXTO
NARRATIVO
BREVE



El zopilote

Cecilia Rodríguez



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES

El zopilote

Cecilia Rodríguez

El zopilote cansado orilló La costera por su borde más ostentoso. *Dalequebala*, crispaba, en su afán de ovejear, y balaba, balaba, heterodoxo. Más no por este chamuyo diría una, yo, que el zopilote no puede orillar La costera, pues ¿cómo se orilla el puro movimiento?, largas horas de espera en ese descampado, frontera de partidos en pugna, a la vista de la llovizna y lo demás. Habría que decir, entonces, que el zopilote corría, desesperado, porque se le iba La costera y si acaso orillaba, se lo hacía sí mismo, en su atolondrarse mudo. Incluso podría decir una, no yo, que si bala no es mudo, más el zopilote balaba, específico, de pura mudez y a cada balido destruía todo un campo de percepciones sobre las que no es posible detenerse ahora. Debiera saber una, yo, lo que es un zopilote. Nadie que viva en este mundo ignora el antiguo oficio y el halo de santidad que lo rodea. De cómo se llega a ser zopilote, sin embargo, prima la astuta ignorancia y hasta una, tal vez yo, ignora astutamente las tientas y locas a las cuales se lanzan, desde la más temprana edad, el puñado de seres que, de cada generación, sueñan con ser zopilotes. Eso quería averiguar (¿cómo es la iniciación? ¿cómo su aprendizaje?) y solo por eso detuve la marcha ante aquel descampado y le ofrecí al zopilote llevarlo hasta Morón. No fue por eso que acabé presa sino por habernos detenido, con el zopilote, en plena triple frontera, olvidando quizá dónde estábamos y los peligros que corríamos.

Decidí hacerme la siguiente restricción: desde que conocí al zopilote, no he consultado nada acerca de ellos, ni noticias, ni fotos, ni historia, ni tradiciones, ni investigaciones, nada. Más bien traté de borrar todo concepto de mi mente y, para eso, tuve que borrar muchas imágenes (aún las de esa zona de guerra que

atravesábamos). Solo entonces volvieron a mí la voz del zopilote, su olor y cómo sabía al gusto y al tacto.



Hablaba como si fuera capaz de tronar y arrullar en la misma frase, más ahorra sus frases y tronidos. *Sisehablamucho-epasilencio*, dijo. Solo balaba cuando hacía un movimiento brusco y sino, prefería zumbar. Así cumplía su voto. En cuanto a su olor, era el de la viruta humedecida. *Vengodormí-enaserradero*, *refugiobusco-misol*. Podés venir a mi casa, si querés, le dije. *Nomepá-tasespuesta*.

Más cerca del cuello se olía el tabaco, en los dedos también, mezclado con pupo y cera. *Parácá*. Hubo cenizas y madera en mi boca. *Ahipasí*. Su piel se me hizo de escamas muy suaves, como lengüetas cosidas a una ropa de algodón, *sitra-game*, todo su pelo, hasta el de la entrepierna, se sentía como un peluche de angora, *abracadabra*, cuyos filamentos, *aijuna*, se pegoteaban, *detantoentanto*, entre sí: montículos macizos, *miluna*, cómo caramelos de dulce de leche.

Desenredásteme, dijo, apuralenguadiente.

Sí. Lo desenredé. A pura lengua y diente.

La bola de pelos que escupí, horas después, sobre un escritorio metálico, me salvó de un interrogatorio más duro. ¿Fue mi esfínter o fui yo, no una, la traidora? Bastó analizar ese ADN (lo hacen express) para saber quién era el que estaba conmigo, quién era, me pregunto, ese que corrió, balando, a campo traviesa y me dejó con este dulce en la boca.

No sé si habrá logrado cruzar la frontera y tampoco si aquello le representa ventaja. Me largaron hace unas horas y no me decido a buscar noticias sobre zopilotes prófugos, muertos o presos.

FAUNA 2025

TEXTO
NARRATIVO
BREVE



La inmunda

Lucía Chico



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES

La inmunda

Lucía Chicos

Para la Hija de Perra verdadera

Una cría de Perra es tirada por sus padres.

Su cuerpo pálido se retuerce y pega ladridos débiles. Intenta aullar para que alguien la rescate y la alimente, la hidrate con leche fortificada, le cante una canción de cuna. Le abanique un sonajero en las orejas y la duerma con el timbre ronco de voz desconocida.

Las cosas básicas que una cría necesita para empezar su camino de Perra.



(Imagen: @keropi.but_lesbian)

La gente pasa y mira a la Perra tirada. Algunos sienten asco por el olor que emana. Otros corren la cara rápido para olvidarse.

El sol de enero es hermoso y cruel. Los primeros días del año asoman como una profecía y una caja de zapatitos contiene al cuerpo peludo que desborda transpiración, empaña las vidrieras de los locales.

Una Vieja siente el olor desde las diez cuadras en las que está. Mira la novela mientras el mediodía sube con amores prófugos y besos de baba seca. Al principio piensa que lo que se le pega en la piel es el deseo de esa baba impregnando su boca y manifestando por fin a un hombre que sirva. Pero es otro el líquido que se propaga por el aire.

Alterada sale en su búsqueda, huele cuadra por cuadra el aroma ácido que la endulza y le hace perder la conciencia. Aspira y se marea. Se arrastra hasta encontrar la caja de zapatos en un hueco con esa cría de Perra que maúlla y pide algo para engordar al cuerpo flaco. La vieja se desilusiona, putea a todos los santos. La carga en brazos y ambas abandonan el nido vacío de cartón.

La acuesta en el sillón y se sienta cerca. La ve crecer con cada noche de calor rancio. Amamanta su cuerpo con agua de la canilla y polvo de leche. La bendice y la maldice: *Hija de Perra, Maldita Hija de Perra, Hija de Perra Estúpida.*

Es entonces que la cría se hace de un nuevo nombre, de un sillón donde descansar y de una vieja madre que le grita.

Su cuerpo infantil es cada vez más fuerte y su gusto por lo animal se refleja en las cosas que le atraen: el torso desnudo de los hombres, los collares de La Vieja, la televisión, las veredas de Santiago.

La juventud la lleva a Hija de Perra a recorrer las fiestas sádicas que arropan al *nenito colita* del deseo perro.

El primer personaje que encarna sobre el escenario es el de una enfermera con brotes psicóticos que atiende mal a los pacientes del manicomio. Ahí conoce a sus amigas Irina La Loca y La Perdida. Otras actrices como ella.

Irina La Loca es como un loro emplumado de telas brillantes que no para de gritar con la boca bien abierta, como un agujero. Sus dientes son un filo preparado para cortar.

La Perdida se viste siempre de negro y parece esconderse entre las sombras. Solo se ven sus anillos de luces de cotillón cuando revolea sus manos en el medio de la escena dramática.

Hija de Perra declama para el público: *¡Aléjense de la fuente de poder!*

Vuela y corre por el escenario como un mamífero que se sacude sobre sus pacientes locos. Se desprenden pedazos de peluca negra y hebillas fucsias oxidadas. Se toca a sí misma y se desnuda. Abajo del escenario, entre el público, sus pacientes entran en el delirio y la imitan. Se desnudan también. Se frotan. Tragan pelo y lo escupen.

El público quiere vomitar.

Hija de Perra extasiada quiere repugnarlos. Como cuando era una cachorra inmunda.

Se le ocurre algo más después de eso. Va hasta el frigorífico que está alejado del centro de la ciudad de Santiago y se prostituye por una cabeza de chancho. Se entrega a los matarifes que aceptan el trueque. Sostiene entre sus manos la cabeza y la guarda en la heladera de Irina La Loca para que se conserve hasta la noche siguiente del show. Esa noche se viste de rojo y se monta sobre la cabeza del chancho que ya empezó a hincharse y llenarse de líquido

putrefacto. El boliche huele a sangre. Algunas personas, las que están menos puestas, huyen del lugar. Abandonan el espectáculo mortífero. Otras escupen el alcohol que tienen adentro y se abandonan a las peores pesadillas de sus ojos. Pero hay algunas que permanecen de pie mirando la entrepierna de Hija de Perra y sus movimientos envolventes.

La combaten con gritos de aliento: *¡Dale, Perra!*

Hija de Perra sigue hasta acercar su cabeza a la del chanco y besarlo con la lengua punzante de una bestia.

Sobre el escenario, tiene dos tetas de plástico que le cuelgan por afuera del vestido. Un corsé las aprieta y expulsa los pezones de mentira que a lo lejos parecen de verdad. Nadie, salvo ella y sus amigas, reconoce el artificio de esas tetas.

Se para en la luz blanca y todo alrededor es oscuro. La gente se aturde por los sonidos maquínicos de los sintetizadores.

Hija de Perra muestra un cuchillo, lo levanta, chupa el filo. Señala con el cuchillo a Irina La Loca y a La Perdida, apunta a cada una y grita: *¡Transgénica!* a una, *¡Transgénica!* a la otra.

La jauría de perras se gritan entre sí con ladridos que amortiguan. Se reconocen en la manada de ánimas.

Hija de Perra se apunta a sí misma y el grito esta vez es para ella: *¡Yo, transgénica!*

El *beat* de fondo se hace cada vez más fuerte, más insoportable.

Empieza a cortar la carne de plástico que lleva en su pecho. El cuchillo se mete en la silicona que, con dificultad, sale y entra, sale y

entra. Chorrea sangre falsa.

Tetas mutiladas.

Tetas caídas.

Tetas que sangran y no vuelven nunca a su lugar.

En el último show La Perdida se disfraza de mago y con unos toques mágicos cura las tetas enfermas de Hija de Perra.

¡Tira los medicamentos porque no voy a necesitarlos más!, grita Hija de Perra a su público y a su amiga.

Pero, aunque Hija de Perra se esté muriendo y de verdad necesite los medicamentos, esa escena parece verdadera. Sobre todo, al final cuando ella le agradece el milagro de la salvación.

Tiene un vestido blanco y está tomando el té. Guarda el beso de sus amigas y el filo de todas las carnes.

Es un espectro que renace.

FAUNA 2025

TEXTO
NARRATIVO
BREVE



Lugar

Naoto Nakasone



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES

Lugar

Adrian Nakasone

Mi papá tiene una tintorería. Ahora está muy viejo y sólo toma los trabajos de sus clientes más antiguos.

Es por una cuestión de no dejar el hábito de laburar para quien reconoce un trabajo bien hecho.



Hay un vaciamiento en la labor manual. Las manos se mueven por sí solas, la mano barre la tela como un corredor.

Se cose en cada prenda una etiqueta con su número de identificación. Los botones se descosen y se guardan en un sobre.

Mi padre se sentaba por la tarde a coser los botones de sacos recién planchados.

Su mano con la aguja enhebrada parecía un pajarito comiendo.

Nunca fue un tipo charlatán. Los clientes llegaban al negocio con algún traje con el hombro descosido o la corbata con el forro arrugado y ellos mismos, empujados por el silencio, se ponían a hablar de sus problemas. Se desahogaban hablando de las orugas que cagan los hilos, de las babas del diablo que se ven volando en verano, de las latas de galletas.

Delante del mostrador las paredes estaban cubiertas de espejos, sólo había plantas y un banco que se supone que va en el patio. Yo me sentaba ahí.

Los clientes recién salidos de trabajar se acercaban al mostrador, apoyaban el maletín en la barra y se aflojaban la corbata.

Mientras tanto, mi viejo les hacía la boleta y colgaba las prendas en el perchero del fondo, entre las botellas de ron y un cosecha tardía.

Cuando volvía, agarraba el repasador y se ponía a limpiar las copas.

A veces le invitaba otro trago a sus clientes cuando estaban muy deprimidos.

Algunos lloraban. Llegaban con los ojos rojos, ojeras amarillentas y después de un par de frases se desparramaban sobre la tabla. Apoyaban los codos sobre la madera, como orando.

El bar casi siempre cerraba a las tres de la madrugada.

FAUNA
2025

**TEXTO
NARRATIVO
BREVE**



Obsolescencia garantizada

Paula Lerchundi



**UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES**

Obsolescencia garantizada

Paula Lerchundi

de monstruosa fertilidad

Pero los árboles son
organismos muy diferentes,
y esos espectáculos

no parecen propios de una planta.

Un verdor terrible, Benjamin
Labatut

para la otra, mirándose
ojos de continuo, pero no se aman.

Las dos ciudades gemelas
no son iguales.
Las dos Valdradas viven una
a los

“Valdrada”, en *Las ciudades invisibles*, Italo Calvino



(Imagen: pixabay)

No es que Kevin Kansas Green crea en todo lo que dicen sobre sus ciudades gemelas, pero la dimensión que cobró su imperio lo llena de orgullo y así se lo hace saber al mundo año tras año. Por el canal global de *streaming* las palabras del titular del *Kansas Green Group* son traducidas en treinta idiomas por una voz robotizada, casi humana. Cada diciembre, cual emperador ansioso por escuchar buenas nuevas de sus dominios, Kansas Green recibe a representantes de cada ciudad en su torre giratoria de titanio. En directo la noticia sale replicada hacia las treinta ciudades originales con sus correspondientes copias. Treinta réplicas construidas desde cero. NeoBrasilea, la primera de las nuevas ciudades espejo, no participará este año del evento. Pero esta ausencia sólo podría inquietar a dos ciudades. A miles de kilómetros de ese centro neurálgico del poder global, alguien en Brasilea se pregunta qué está sucediendo en NeoBrasilea, al otro lado del río Yacaré.

El amanecer sobre el río Yacaré encuentra a Pachama asomada a la ventana de su cocina. Ruido de engranajes la hicieron despertar antes de tiempo. Están alzando las plataformas del puente, le grita a su marido, no vamos a poder cruzar. Hoy nos tocaba retirar las tostadoras de pan, le responde Braulio mientras enciende una pantalla tridimensional recién reciclada. Se denegó el acceso a un grupo de jóvenes en la puerta Sur de NeoBrasilea, dicen los del noticiero brasileño, y no serían turistas. Siempre tan alarmistas, le grita a la pantalla Braulio. Desde el streaming del *Kevin Kansas Group* las palabras de su director se entremezclan con las noticias locales: Son las doce del mediodía y mi torre de mil metros de altura no proyecta ninguna sombra sobre la avenida K.G. Ni Pachama ni Braulio prestan ya atención. Todo es luz en mi ciudad, anuncia Kansas Green, es hora de comenzar el gran evento. Cualquier neobrasileño o brasileño conoce lo que viene. Desde su torre titánica, Kansas Green recordará el secreto de su éxito: sus ciudades gemelas replican a las originales. Superan a las originales.

Edificios construidos con un biomaterial de fórmula secreta para que la vegetación brote en forma controlada desde el interior de sus fachadas. Aparece en pantalla el eslogan: “ciudades verdes y sustentables, una utopía hecha realidad” y Pachama niega con la cabeza. Algo raro está pasando detrás de la muralla en NeoBrasilea, dice Pachama en voz alta, advertencia que Kansas Green no puede recibir. El discurso desde lo alto de la torre continúa sin alterarse. Los ojos acuosos de Pachama repasan la costa del otro lado del río. Por encima de la muralla ya no asoma el perfil de los edificios neobrasileanos cubiertos por vegetación controlada. Ahora todo parece una gran selva. Ya Pachama no puede distinguir ni la nueva usina ni el reloj de sol gigante sobre el almacén central.

Donde antes asomaba el campanario del palacio municipal, ahora sólo se ven anillos de nubes verdes que flotan en descontrol. El gran portón Este por donde ingresaban todos los días está cerrado. Si por este río no pasan cruceros con turistas, dice Pachama, para qué alzarón el puente. A ver si no nos dejan entrar más, se preocupa Braulio, me voy a dar una vuelta por el muelle. Pachama asiente y sigue con la mirada enfocada en la costa. Treinta años cruzando el puente metálico y ésta es la primera vez que sucede. La plataforma elevada impide el paso de vehículos y brasileanos. Ya desde el inicio, el gobierno de las dos ciudades recordó que el puente sólo podría ser cruzado en ambas direcciones por habitantes de Brasilea mayores de cuarenta años. Sólo estaban autorizados a cruzar en su condición de “R.O.O. (Recolectores Oficiales de Obsolescencias)”. A Pachama y Braulio no les había quedado otra opción: recolectores o nada. Es lo que nos toca, repetía Braulio cada vez que traspasaban la puerta Este a unos pasos de la desembocadura del puente.

En los muchos años que lleva vividos Pachama, nunca los jóvenes de NeoBrasilea cruzaron hacia la vieja ciudad. A partir del día en que el gobierno los invitó a mudarse al nuevo proyecto de Kansas Green,

los jóvenes olvidaron a Brasilea. Ya van a llegar a viejos estos mocosos, repetía por lo bajo Braulio al cruzarse con los siempre jóvenes neobrasileanos. Ante tanta modernidad impuesta, a Braulio le gustaba emplear vocabulario obsoleto, el de sus padres. Y Pachama lo disfrutaba y redoblabla la apuesta. Habrase visto lo bien que viven y nunca agradecen, le murmuraba al oído Pachama. En sus caminatas por los boulevares de árboles rigurosamente alineados en el campus universitario, los jóvenes no hacían contacto visual con los ancianos. En todo momento conectados a algún aparato de última generación, los neobrasileanos corrían peligro de ser embestidos por las carretillas autodeslizantes de los vetustos recolectores.

Ahora Pachama ve pasar frente a la ventana un bote de goma recauchutado con Braulio a bordo. Ojalá pueda entrar a Neobrasilea por la puerta Sur, le pide al río Pachama. A Braulio últimamente ya le estaba costando caminar. Que no hay que arrastrar los pies, que los recolectores deben ser casi fantasmas, consejos repetidos de Pachama. A la orden de subirse al autodeslizante sin querer llamar la atención, siempre la misma respuesta de Braulio: Pero si ni nos miran, ni saben que somos los últimos recolectores que quedamos en pie. A ese reproche, la respuesta resignada de Pachama : Estos chicos hacen que podamos seguir trabajando. Y Braulio, rebelde en su derrota y como única reacción permitida, siempre hacía crujir las suelas de sus zapatos sobre el piso, no fuera cosa que su paso por NeoBasilea pasara inadvertido.

En la NeoUsina, réplica mejorada de la vieja usina eléctrica de la nunca añorada Brasilea, se produciría la nueva tecnología. Así era lo estipulado y se cumplía a rajatabla. No era secreto para nadie. La fecha de obsolescencia no podría superar los dos años. Obsolescencia programada: dos palabras que para Pachama y Braulio eran a la vez mágicas y satánicas. Palabras que hacían girar

el mundo tanto de brasileños como de neobrasileños. Gracias a Kansas Green, casi un dios pagano, los neobrasileños gozaban de una vida rodeada de brillos. Producían en su ciudad aparatos relucientes sin tiempo para opacarse porque morían en pocos años. En contrapartida, en Brasilea y encerrado en su cuartito de herramientas, Braulio aprovechaba sus ratos libres para prolongar la vida de los artefactos desechados por los privilegiados de enfrente. Ya bien lo había estipulado Kansas Green: en la ciudad vieja no había nada más por producir, sería una ciudad-museo. En el museo viviente de artefactos reciclados de Braulio y Pachama no había lugar para lo nuevo.

Atardece esta vez sobre el río y ya no hay puente que una las dos ciudades. Arrastrando los pies, Braulio camina ansioso y a una velocidad inaudita por la costanera rumbo a su casa. Pachama saca sus dos brazos por la ventana en señal de bienvenida o quizás de alerta. Un estrépito de cotorras sobre la ciudad vieja no deja que Pachama entienda lo que Braulio le grita. Quizás algo le pasó a su bote ya a punto de ser declarado obsoleto, por eso le señala el río. No, Braulio está gritando: Se viene el desembarco, Pachama, los loquitos atacan. Pero no es un desembarco lo que Pachama ve desde su ventana brasileña.

Detrás de la nube inoportuna de cotorras que sobrevuelan el río, pájaros metálicos descienden sobre NeoBrasilea. Nunca los había visto en directo y a Pachama le parecen gigantes. No son pájaros, dice Braulio. Son los de SolaresPunk con las alas de aluminio, aclara. Le pide a Pachama que busque los prismáticos. De la muralla, ya un mullido enjambre de ramas, se cuelgan carteles del movimiento ecologista SolaresPunk.

Pachama alguna vez los oyó nombrar, algún episodio raro en otra ciudad gemela, cree recordar. Pachama desentraña palabra por

palabra las leyendas escritas sobre las telas colgantes . Se las grita a Braulio: 'Aquí- hay- un- futuro- que- podríamos- ser – capaces – de – alcanzar". Pachama no entiende, pero sí Braulio. Los SolaresPunk anduvieron merodeando la zona desde hace unos días, así le dijo hoy un guardia en la puerta Sur. Parece que tenían información desde el interior de la muralla y estaban esperando el momento para actuar por sorpresa. Ahora podrían dar a conocer al mundo la realidad de NeoBrasilea. .La muralla late como la ciudad, gritan por los altavoces. "NeoBrasilea tiene fecha de caducidad", dice otro cartel, pero un SolaresPunk pinta una cruz sobre la última palabra.

Braulio entra en su casa. Enciende la pantalla tridimensional. Ya Pachama está a su lado y le toma la mano. Desde un canal de *streaming* no oficial los SolaresPunk dan a conocer su manifiesto. Al unísono varios activistas hablan de un futuro sin obsolescencia programada. Pachama larga una risita nerviosa. Si los aparatos se vuelven eternos nos quedamos sin trabajo, dice Braulio. Desde sus pájaros humanos los SolaresPunk envían videos a la televisión local. Felices dentro de las murallas, los neobrasileanos se asoman entre las hojas de la forestación que cubre la ciudad. Casi desnudos, saludan eufóricos a los pájaros que los sobrevuelan. Nadie trabaja, se pregunta o afirma Pachama. Arrancan frutos de las paredes verdes,dice Braulio, otra que Adán y Eva en el Paraíso. A Pachama asustada no le causa gracia la humorada. Una integrante de los SolaresPunk con el pelo revuelto y bandera verde en su mano ahora habla a cámara: La naturaleza en NeoBrasilea brotó de las grietas; ingresó a los edificios; abrazó a cada uno de los artefactos y les dio energía fotosintética eterna. Adiós, obsolescencia programada, adiós. La cámara se apaga.

Pachama se pregunta qué estará pasando en la torre de Kansas Green. Se cortó la transmisión, dice sin sorpresa, ya habrá llegado la noche para ellos. Pero no es lo importante. Fotosíntesis, dijeron los SolaresPunk. A Pachama le resulta misteriosa esa palabra. Energía eterna con plantas que abrazan a las máquinas. Habrá que ver si nos conviene, dice Braulio, adiós recolección. Pachama sonrío con ojos pícaros. Corre a su jardín. De una maceta asoma un brote de un verde tremendo, casi monstruoso. Braulio no había estado de acuerdo cuando en la última recolección lo arrancó de una grieta en la fachada del palacio municipal. Pero cómo resistirse a la energía que emanaban esas hojas. A los pocos días, en tiempo récord, el brote prendió en la maceta de su jardín brasileño.

Pachama le pide a Braulio que tome la maceta con sus dos manos. Cubre con las suyas las de Braulio.

– Habrá que dejarse abrazar por el verdor terrible.

Braulio no responde. Cierra los ojos. Separa un poco las piernas. Afirma los pies sobre la tierra.

Suenan las sirenas del otro lado del río.

FAUNA 2025

TEXTO
NARRATIVO
BREVE



Piel de tortuga

Felipe Saenz



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES

Piel de tortuga

Felipe Saenz

Lo primero que hacés es dormir. Unas diez o doce horas de sueño precario, apretujado en la cama del hostel donde te quedás hasta que encuentres un lugar para vivir. Las razones para tu agotamiento podrían ser varias: los nervios de llegar a una ciudad que apenas conocés, el hecho de no volver como turista sino planeando mudarte, el frío extremo con el que por primera vez vas a tener que convivir, o el simple y razonable cansancio de un vuelo de 15 horas. Lo cierto es que te acostás vestido para no hacer ruido, y tras un par de vueltas te dormís.



Conseguís casa tras dos semanas de búsqueda. Un cuarto muy chiquito en un departamento de planta baja. El alquiler es razonable, de los más baratos que viste, pero pagando el depósito y el primer mes se te van una parte considerable de tus ahorros. Todavía no te preocupa demasiado, ya aparecerá algo. Te mudás durante el día, y tu compañero te presta un colchón inflable hasta que consigas otra cosa. La primera noche en tu casa nueva volvés tarde y ligeramente

en pedo. El subte que te lleva dejó de correr hace rato, así que tenés que caminar las últimas diez cuadras muriéndote de frío. Una vez más dormís vestido, improvisando una almohada con un buzo.

Empezás a buscar trabajo más urgentemente después de tu primer mes. Tratás de entregar fotocopias de tu currículum, traducido al inglés, en cuanto negocio te cruzás. Esas copias te duran varias semanas, casi nadie te las acepta. En vez de prometer llamarte si sale algo y olvidarse tus datos en un cajón, tus no-empleadores prefieren decirte a la cara que no están buscando a nadie. Es casi una misericordia, pero a los pocos días, esta sinceridad empieza a desesperarte un poco.

Un día caminás hasta un mercado al aire libre que bordea un canal. Todavía no sabes que se llama el Maybachufer, ni lo relativamente cerca que queda de tu casa. Solo ves carpas blancas de tiento, la mayoría vendiendo comida, agobiadas de gente que disfruta los primeros días de sol. Te llaman un poco la atención los puestos que venden fruta; es lo más parecido a una verdulería que ves desde que llegaste. Los puesteros gritan ofreciendo su mercadería y dan a probar pedazos para venderse. Para tu segundo mes sin trabajo, cuando tus ahorros casi desaparecen del todo, recorrés el mercado con el objetivo expreso de desayunar esas muestras de mandarina, mango y uva que te ofrecen verduleros cada vez más recelosos de verte.

En el Maybachufer conseguís tu primer trabajo. Un día te quedás hablando con Roberto, un argentino que hace y vende anillos en la feria. Te ofrece una changa ayudándolo en su taller. Son unas pocas horas a la semana, ni siquiera cerca de lo que necesitás para cubrir el alquiler, pero aceptás encantado. Al día siguiente, Roberto te abre la puerta de una oficina y te lleva hasta la cocina angosta donde tiene montado su taller. Ves una estantería con algunas cajas de

cartón y unos potes de plástico llenos de ácido. Roberto trabaja sobre lo que antes fue una mesa de computadora, pero que ahora es un armatoste prolijo de chapa blanca, con un tablón de madera puesto encima para poder martillar, y con miles de cajitas, herramientas y pedacitos de metal ocupando el espacio que antes ocupó un teclado.

Tu lugar de trabajo es una silla de plástico y un banquito de madera que usás de mesa. Roberto te da un yunque y un martillito de punta fina, parecido al de un doctor. Empezás con unas tiritas de metal, doradas y angostas. Tu trabajo consiste en martillarlas suavemente, intentando mantener un ritmo constante y sin dejar ningún pedazo de metal sin golpear. Tus primeros intentos son un desastre, pero de a poco le agarrás la mano y lográs cubrir el metal con burbujas uniformes y superpuestas. Tras un par de días, Roberto empieza a confiarte con tiras de plata. Te pide que tengas cuidado, que es un metal bastante caro, que son los anillos que más vende. Más que ponerte nervioso, Roberto logra entusiasmartelo. Esta es tu primera recompensa desde que llegaste, la primera indicación de que estás haciendo algo bien. Quizás por eso prestás tanta atención, quizás por eso disfrutás tanto cada marca que dejás sobre el metal. Con el tiempo, empezás a imaginar la plata como la piel de un reptil, tiras de piel de tortuga que cubrís escama por escama. Sería tanto más fácil imaginarlas como serpientes, como retorcidas culebritas de plata, pero no. Para vos son tortugas.

Por los primeros días de mayo, cuando solo te quedan 100 euros, pegás un laburo limpiando en un hotel. Vas a la entrevista con el uniforme que te pidieron: remera negra, pantalón negro, zapatillas cómodas. Ese mismo día te contratan. No queda muy claro cuánto va a ser tu sueldo, está dibujado en función de cuántas habitaciones limpies al mes. Arrancás de a poco, seis o siete check outs por día. El hotel no es grande, apenas tres pisos, y los cuartos que te

asignan suelen estar en la planta baja. Tu jefa se llama Emilia y es cubana. Una vez la escuchás contarle a un huésped que llegó hace muchísimo tiempo, con la corriente que emigró a la RDA en los ochenta y que decidió quedarse después de que cayó el muro.

Para celebrar, vas con tu compañero de casa a un festival en la calle. Es el Día de la Música, y casi todos los barrios organizan algún tipo de celebración. Compran birras en un kiosco y caminan hasta la plaza. Los carros del festival bajan despacito por una avenida ancha, uno tras otro. Todos pasan alguna variedad de techno. La gente camina alrededor o baila colgadísima en el medio de la calle. Vos no hacés ninguna de las dos, preferís tomar tu birra en silencio y ver pasar los carros sentado en la vereda. Tu compañero no te saca mucha charla, pero en un momento te dice de ir a pegar porro a la plaza. Empiezan a caminar en sentido contrario a la gente, acompañados por una especie de bondi escolar sin techo que pasa un house mucho más agradable que la música de antes. Roberto pasa con su hijo a upa. Cuando levantás la mano para saludarlo, una botella de birra vuela sobre tu cabeza, te pega en el dedo y se estrella a tus pies. Te das vuelta para ver si alguien reaccionó. Cualquier reacción: preguntarte si estas bien, pedirte perdón por la botella que se le escapó a su amigo en pedo, gritarle nazi a alguien, gritarte sudaca a vos, cagarse de risa o simplemente salir corriendo. Pero no. La gente sigue bailando alrededor tuyo.

Un día caminando te chocás con una estatua de San Martín. Está en el medio de una plazoleta que apenas se distingue de la vereda. Parado en un cuadrado de mármol con su nombre y fecha de muerte, la cabeza del Libertador está apenas más alta que vos. Notás una pared cubierta por una mediasombra detrás de la estatua. La seguís hasta doblar la esquina y te metés por una puerta doble. Entrás a un lobby amplio y vacío. A tu izquierda, a través de una pared de vidrio, ves una escalera de mármol, guardias de seguridad,

gente joven guardando cosas en lockers. En la otra punta del lobby ves una sala mucho más chica, pintada de amarillo. Adentro te recibe una chica que inmediatamente te habla en castellano. Se ríe cuando le preguntás dónde estás y te dice que en la Biblioteca del Instituto Iberoamericano. No te toman el CV, pero te volvéis socio inmediatamente. Pasás el día en la sala de lectura.

El hotel te cuesta. En cada habitación se te escapan detalles, cosas que Emilia te marca en sus repasos. Te olvidás de poner el papel higiénico como se debe (hacia abajo, con la primera hoja doblada y cerrada en sobre), te olvidás de limpiar atrás de la televisión, te olvidás de dejar el forro complementario en la mesita de luz. Lo que más te cuesta son las camas. Otra vez se te escapan detalles (dejar las sábanas bien tirantes, las almohadas en cascada, acomodar bien los edredones de dos plazas dentro de su funda) pero son estos errores los que hacen que tardes casi el doble que tus compañeros en dejar lista una habitación. Terminás ese primer mes y cobrás un poco menos de lo que esperabas. Cuando podés vas al taller de Roberto a trabajar un par de horas más. Lo que te paga te sirve para comprar comida esa semana. Aprendés a juntar botellas de plástico que después devolvés en el supermercado por 25 centavos cada una. No te alcanza para pagar el subte al laburo todos los días, así que dejás de comprar boleto. Un día te agarran y te ponen una multa que te va a sacar 60 euros de tu próximo sueldo. En el hotel te siguen dando pocas habitaciones. Algunos días, Emilia te dice que te quedes en tu casa, que hay poco trabajo. Estás muy cansado para preocuparte. Empiezan los días de calor.

Revisando el catálogo de la biblioteca encontrás un ítem que dice “Grabaciones de cantos de los selk’nam, yámana y kawésqar de Tierra del Fuego (1907-1923)”, grabados por el sacerdote austríaco Martin Gusinde. Firmás un documento en el que se te hace cargo de cualquier daño que pueda ocurrir, y una chica te lleva a una salita climatizada. Te hace poner guantes de látex y un barbijo. Vuelve

media hora después empujando un carrito en el que transporta una campana de plástico opaco. Debajo hay un fonógrafo. La chica se pone los guantes y el barbijo reglamentarios, y abre un compartimiento del carrito. Saca un cilindro de cera en el que todavía se lee “EDISON RECORDS” y lo inserta despacito. Acciona el fonógrafo y se sienta en un banquito.

Las grabaciones duran cada una cerca de dos minutos. La voz rasposa de Gusinde presenta en alemán cada canto antes de que empiece. Igual, el librito que te dieron antes de entrar te indica que estás por escuchar el canto del pato marino, el del pez serrucho, el de la pacamarta. Son cantos en grupo, religiosos. Algunos imitan sonidos de animales, mientras de fondo se escucha el ruido de huesos de ballenas golpeando contra el piso. Te impacta sobre todo un canto yámana sobre la muerte. Las voces acá son más apagadas, más solemnes, pero repiten todas al unísono una sola palabra.

Después del canto de la muerte, la chica quita la trompeta del fonógrafo y te dice que no vas a poder escuchar el último cilindro porque lo están restaurando, pero que si querés podés fotocopiar la transcripción. El título es “Canto yámana de la tortuga”, y al parecer es el único traducido por Gusinde. Una nota aclaratoria del sacerdote pide perdón por las risas de fondo:

una ballena es huesos y canoas y carne para varios

una pacamarta es cuero y pelo y grasa para varios

¿pero qué es una tortuga?

¿cómo puede sernos útil

este barco dado vuelta?

una tortuga una ballena un delfín

una foca dos focas una pacamarta

una tortuga una ballena un delfín

una foca dos focas una pacamarta

Son las dos de la mañana y hace frío. Llegaste hace una semana y es la primera vez que estás en Alexanderplatz de noche. Mirás la torre de televisión. Por suerte, no tenés a nadie cerca.

Antes de que Emilia tuviera que echarse, conseguís un trabajo en el bar de un hostel. Le avisás de tu renuncia quince días antes, notás lo aliviada que está. No la volvés a ver. Seguí yendo cuando podés a lo de Roberto, pero tus francos en el bar son cada vez más espaciados y un par de semanas después contrata a otra persona. Te lo cruzás un par de veces en el Maybachufer. Antes de que te vayas te va a regalar un anillo.

La última grabación que hizo Gusinde en Tierra del Fuego es el canto de apareamiento de una pacamarta macho. Es un silbidito constante, apenas perceptible contra el ruido de fondo del fonógrafo. Es el único registro que se tiene del canto de una pacamarta, y es bastante probable que haya sido uno de los últimos machos de la especie.

De tu primera habitación también te vas al poco tiempo. Un amigo se vuelve a Argentina y te ofrece mudarte a su casa, un poco más grande. De tu casa nueva te vas a ir cuando no te renueven la visa y la oficina de inmigraciones te da diez días para irte del país. Vas a llorar un poco en tu despedida, le vas a prometer volver a muchísima gente. Te va a costar mucho procesar el alivio que te da irte.

Esa primera vez solo en Alexanderplatz notás que de noche la torre de televisión es menos amigable. Las luces que la iluminan desde la base marcan las imperfecciones del mástil blanco y, contra el cielo nublado y gris, la hacen parecer la cabeza de un mosquito gigante puesta en un microscopio. El frío no te molesta. Sentís que te

despierta y la verdad es que no querés dormir más. Pensás que si Alexanderplatz puede ser así (una isla desierta pero helada y vacía y apagada y quieta y tuya), las cosas quizás no sean tan difíciles.

Hay un poco de niebla.

FAUNA 2025

TEXTO
NARRATIVO
BREVE



Tornasolado

Lucas Fulgi



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES

Tornasolado

Lucas Valentín Fulgi

Soy
lo gris contra lo gris
El lenguado, José Watanabe

Soy gris. No tengo contornos ni proyecto sombra. Soy, quizá, la sombra. Incluso en mi hogar es así, desde hace tiempo. Así me ven esos chicos, que no me ven. No ven mi cara arrugada, mi espalda curvada ni mi ropa a una moda que ya no existe. No ven los años que cargan mis ojos. Solo ven, si intentan ver, la sombra.



(Imagen: Micaela Ganga)

No sé sus nombres, pero puedo reconstruir sus rostros con detalle de retrato renacentista. El de flequillo negro para el costado y tez morena tiene aires de líder. Pero yo también fui chico alguna vez, aunque hace mucho, y sé que en realidad lo que sabe es interpretar. Conoce con precisión la voluntad de los demás. El colorado no, el colorado tiene sus propias ideas, inquietantes. El colorado podría prender fuego un museo o una pinturería solo para verla arder. Y

seguiría pareciendo inocente, con sus pequitas y su baja estatura. Él fue el que agarró una piedra marrón y redondeada del cantero y, fingiendo ignorar las miradas del grupo, le apuntó a Jorge. Y Jorge, el duende, solo sabe sonreír.

Puse al duende en el centro del jardín delantero por su sonrisa. Y Jorge sigue sonriendo mientras parten, a pedrazos, la punta de su gorrito. No voy a poder pegarla sin que se note la grieta. Y sigue sonriendo mientras los otros vecinitos, copiando al colorado, saltan a pedrazos la pintura de su nariz, de su barba, de su canasta amarilla de mimbre, de su ropa parda y su cinturón con hebilla dorada.

Vuelve a pasar, se vuelve costumbre. Los chicos del barrio atacan a Jorge, a los cisnes blancos de pico anaranjado y los patitos amarillos, al molino, a la rana roja, a todas las estatuas de mi jardín. Lo hacen cada vez que creen que no los veo. Y siempre creen que no los veo porque nunca me ven ellos a mí. El miedo me enseñó, con los años, a desvanecerme. Soy, quizá, una sombra. Una sombra temerosa. Y aprendí, también, a usar eso a mi favor.

Cuando quiero sentirme joven, fuerte, vivo, entro en la oscuridad. El reuma desaparece mientras mis dedos se estiran. Se vuelven eternos como la ausencia, acariciando y devorándolo todo. Mis arrugas se pierden en la profundidad negra, mis movimientos de anciano se vuelven ágiles y rápidos como los de un felino que habita la noche. Mis ojos son un débil reflejo que nadie podría percibir y mi boca, desdentada, un agujero dentro de otro agujero. Mi cuerpo es, al mismo tiempo, pequeño como un susurro y enorme como el silencio.

Experimento, así, la libertad sin límites. Me muevo, bailo, viajo en lo oscuro. Me dejo llevar por el vacío, hasta que intuyo que me acerco a mi presa, al premio, a la recompensa. Una televisión que no es la

mía, porque no es mía la casa que me rodea. El aparato emite luz azul y construye el último refugio de mis vecinos, la familia Torres. En la pantalla una joven ciega canta una balada de película romántica. Su voz es impresionante. El público solo muestras caras de sorpresa o maravilla. Aunque la cantante no puede notarlo, uno de los jurados se pone de pie. De este lado del vidrio, Madre cabecea, tiene sueño. Martina mueve los labios sin emitir sonido. Josefina, casi sin darse cuenta, mira hacia la cómoda, donde dejó su celular cargándose. En el aparato, el resto del jurado libera lágrimas de utilería, aunque el primer premio ya fue decidido por la productora y no es para ella. En el sillón, Padre también se ve emocionado. La ovación del público hace estremecer a la cantante, que sonríe por primera vez en sus últimas estrofas. Me arrastro, los rodeo. Aunque no abandono nunca mi temor, mis pasos cargan la confianza de quien se sabe imperceptible.

Espero la recompensa. Soy paciente. No sé qué va a ser, solo sé que llega cuando se van. No me resulta difícil esconderme: terminan de comer sin notarme. Levantan los restos de la cena, se dan las buenas noches, beso en la frente a Josefina, —que descanses Jose—, Jose sube con Madre, —Martu terminá la tarea mientras lavo los platos—, Padre lleva un salero y una botella de jugo rosado, Martina lleva una carpeta azul de tres anillos y una cartuchera violeta. Es el momento. Busco mi tesoro.

A veces una foto, aunque ya casi no, hace años. Casi siempre algún juguete pequeño y colorido, una lista de compras arrugada, un guante. Una vez fue un control remoto, muchas veces fueron biromes. Me gustan más las biromes rojas o verdes, no tanto las típicas azules. No encuentro nada, solo algunas migas sobre el mantel, una servilleta usada que nadie levantó, nada, pero siempre hay algo. Sí. Siempre. Ahí. Brilla debajo de la mesa. Una cucharita de té.

Mi movimiento, mi baile, mi viaje, llega hasta la cucharita que es engullida por las sombras. La acaricio, plateada con el mango verde tornasolado. Mi presa. Una prueba más de que soy invisible. La guardo y empiezo a retirarme, el sonido de mi falta se esconde bajo el murmullo del agua sobre los platos. Ya casi estoy afuera cuando unos ojos, los brillantes ojos marrones de Martina, atraviesan el vacío, se cruzan con los míos. Busca con una mano el interruptor, busca con un llamado a Padre, busca con sus ojos entender de qué está hecha esa oscuridad distinta. Me ve y mi baile ya no es baile ni viaje, es solo huida.

Agitado, llego a casa. Tengo mi presa aferrada con toda la fuerza que les queda a mis manos débiles. Estoy por guardar la cuchara en un cajón, el cajón destinado a mis trofeos. La luna brilla del otro lado del vidrio. Los verdes de la cuchara se ven especialmente bonitos con esa luz. Colores tan bellos que siento que no pueden ser solo míos. Me gustaría que alguien más los note. Quizá los ojos marrones de Martina Torres distinguiesen, si la viesen, este plateado, estos verdes que ya conocen. Los tendrá asociados a la chocolatada, a los postres. Quizá si ella, si su hermana, si sus padres, si algún otro vecino. Si cualquiera. Y así los grises, ahora tornasolados, dejarían de a poco el gris y yo perdería el miedo.

Dejo la cuchara en el marco de la ventana, a la vista, antes de volver a salir. En el jardín delantero, levanto las estatuas caídas y junto las piedras que arrojaron los chicos, una por una. La reja, despintada, rechina un poco para darme paso hacia la vereda. Empieza a amanecer mientras dejo las piedras en piloncitos ordenados. Me cuido de repartirlas bien por los canteros de toda la cuadra. Me aseguro que los chicos tengan que moverse, que buscarlas y volver hacia mi hogar. Como un baile, como un viaje. Para que el juego dure un poco más.

FAUNA 2025



TEXTO
NARRATIVO
BREVE



Traslado

Diego Vannucchi



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LAS ARTES

Traslado

Diego Vannuchi

Nadie les dijo dónde iban, pero él cree que van al sur, a la cordillera. Tirado entre bolsones es uno más en la panza de ese avión sin asientos. No tiene fuerzas para levantarse, tampoco quiere hacerlo. Como entre sueños, siente el zumbido monocorde de las hélices. Se parece mucho al de un Hércules. Tantas veces había escuchado el arranque de esos aviones legendarios. Primero, el sonido agudo como el torno de un dentista y después, todavía en tierra, el ruido crecía encajonado entre los rieles que bordean la base aérea de El Palomar. Sale una Chancha. Agárrense, avisaba la maestra en la escuela y a él le causaba una risa nerviosa la comparación. El barrio entero temblaba hasta que el gigante levantaba vuelo y dejaba atrás la estela de humos y adioses.



(Imagen: Prensa Destino Final, Giancarlo Ceraudo)

Ahora, con la espalda apoyada en la pared combada y metálica se siente en la panza de una Chancha e intenta sonreír con el recuerdo,

pero los labios secos, paspados traen un pensamiento oscuro que no termina de armarse del todo. Le deja el gusto sucio en la boca de algo que se escapa y de repente, vuelve incompleto. Vuelve como una sombra, como un pájaro azul. Un pájaro azul noche, negro y brillante que pasa frente a sus ojos, apaga el sol y vuelve a encenderlo. Pero no hay luz ni sol ahí. Sólo el continuo de los motores protestando afuera y adentro, un tufo oscuro que pesa en los hombros, en los párpados. Huele a inyección, a veneno, a vacuna. La aguja, le pusieron, le clavaron. Debe ser la vacuna esa para que no te enfermes, sí, igual a la de la colimba, pero otra.

La Chancha parece toser una tos con catarro, de esas que sacuden el pecho, los huesos, las tripas. Él se acomoda o lo acomodan, el peso de su cuerpo sobre los cuerpos de los otros o de los otros sobre él, no sabe, pero se deja estar. Le gustaría preguntar adónde están yendo, pero mejor no. ¡Si van a la cordillera! Nadie lo dijo, pero él lo sabe y con eso alcanza. Va a conocer las montañas y la nieve, esa nieve de fotos de revistas, de folletos de viaje de egresados inalcanzable para él, de navidad de tarjeta postal con renos y todo. ¿Qué es un reno? En la cordillera no hay renos. Allá tampoco hay nieve suave ni copos blandos, le había dicho Floreal. ¿Y qué sabe Floreal si tampoco conoce la cordillera? Es una nieve amarilla, barrosa, dijo. Corre horizontal arrastrada por un viento en ráfagas. Puede ser, igual le va a preguntar de dónde sacó eso. Abre los ojos pero se le cierran. ¿Floreal está? Debe estar, sí, entre los cuerpos de por ahí, en algún lado de la noche. Ojalá que esté, porque a la noche se complica, siempre se complica. Igual no importa: va a conocer la nieve y en avión, qué joder. Un poco incómodo, eso sí. En un avión sin asientos para que entren más. Lástima. No se lo pudo contar a la vieja, capaz está preocupada. No le pudo avisar. ¿O sí? Ah, sí, sí, sí al final le había dicho al cabo Marini... ¿La habrá llamado? Por las dudas, cuando llegue a la nieve le va a escribir. Nunca escribió una carta, pero siempre hay una primera vez.

Antes, va a tomar un mate cocido calentito. Aguado, oscuro, rico. Le va a calmar el frío y el dolor en el brazo que parece una morcilla. Fuerte la vacuna. Tiembla. Con esta vacuna sos inmortal, le había dicho... ¿Quién le había dicho? ¿El Jeringa? Casi seguro fue el Jeringa. Tranquilo. No vas a sentir nada. Y la verdad es que no es tan así, porque tiene frío y hace calor y le castañetean los dientes. Cuando tome el mate cocido se va sentir mejor.

La respiración se le normaliza y ahora flota en una niebla blanca. ¿Amanece? ¿Ya amanece? ¡Si recién era de noche! Se quiere levantar, resbala, las piernas no lo sostienen. Alguien lo agarra de atrás y consigue arrodillarse justo cuando la compuerta empieza a abrirse con un chirrido oxidado. El tufo se disipa de repente, un torbellino de silencio helado lo envuelve. Los ojos duelen pero los va a mantener abiertos, sí. A su lado aparece Floreal con la misma cara de nene, con esos granos de pendejo y el pelo negro y aplastado contra la frente. Pero tiene los ojos cerrados, las manos atadas. Oye un quejido y se distrae. Cuando vuelve, el nene ya no está ahí. Allá abajo, el agua se encrespa en el oleaje. Otro quejido. No es de pena, tampoco de dolor. Es un grito ahogado que brota del fondo del alma pero no lo escucha nadie más que él.